

La lenta caída de las sociedades del Norte global*

Emmanuel Rodríguez López

Tras el estallido de la crisis financiera de 2008, un creciente número de voces se alzó para proponer algo así como una refundación del capitalismo.¹ Que estas provinieran del ámbito político, experto e incluso financiero —esto es, de lo que los ingleses suelen llamar el *establishment*— era ya un indicio de que el neoliberalismo triunfante de las décadas pasadas había entrado en su fase terminal.

No se trataba de anuncios vacíos. En otoño de 2008 se produjo la quiebra del gran banco de inversión Lehman Brothers, seguida del gigante de los seguros AIG. Poco después, Estados Unidos y Europa reaccionaron con programas billonarios de rescate bancario. La gigantesca burbuja inmobiliario-financiera había estallado. En pocos días, los complejos productos financieros, que habían empujado la expansión del crédito a las familias, y que se consideraban a prueba de toda clase de riesgos,² pasaron a tener un valor tendente a cero.

* Este artículo es un avance de un libro sobre las formas de integración social durante los dos últimos siglos del capitalismo histórico en los países centrales de la economía mundo, y a la vez sobre su descomposición en las décadas recientes. Especialmente los dos últimos epígrafes son solo un pequeño esbozo de este proyecto.

¹ Algunas tan significativas, y a su vez tan estrambóticas, como la del presidente de la República francesa, Nicolas Sarkozy, quien en la tradición del republicanismo conservador tan propio de ese país, anunció, en una fecha tan temprana como septiembre de 2008, la necesidad de refundar el capitalismo sobre unas «bases éticas».

² La expansión financiera de los años previos había estado basada en la titulización de la deuda hipotecaria, por lo general negociada por medio de productos compuestos (los

El precio de las viviendas cayó en picado. La huelga de crédito detuvo en seco la economía. Creció el desempleo. Aumentó la morosidad. El castillo de naipes financiero, que había sostenido la expansión del crédito, el consumo y en general la actividad económica, se había venido abajo. Y no había nada que pareciera poder detener la caída, salvo la capacidad de los Estados y de los bancos centrales de inyectar dinero a espuestas.³

Durante los siguientes tres o cuatro años, la niebla se adueñó tanto del curso de la economía mundial, como de quienes hacían las políticas económicas. La Unión Europea, que acabó por convertirse en la zona cero de la crisis, empujó, en mayor medida que EEUU, una política combinada de rescate financiero y de austeridad social. Mientras se empleaba a fondo en inyectar liquidez al sistema financiero, imponía un severo control del gasto público aplicado principalmente sobre los capítulos que tenían que ver más directamente con la seguridad y el bienestar de las poblaciones. Se impuso así un juego, con sus particulares trampas, en el que la banca siempre gana. El dinero a bajo coste que se prestaba a los bancos y agencias financieras por parte del BCE y los Estados, volvía a los Estados en forma de compra de bonos a intereses crecientes. Con estos avales, el beneficio financiero se trasladó de la compra de bonos y derivados de la deuda hipotecaria a los mercados primarios y secundarios de deuda soberana.⁴

En la espiral del rápido aumento de la deuda y de los costes de financiación, la bancarrota de los Estados más débiles no tardó en producirse. Al *default* griego de 2010, siguieron los de Irlanda y Portugal, y a estos la

Collateralized Debt Obligations o CDO), en los que se combinaban tramos de deuda con distinto riesgo, lo que en principio parecía asegurar su solvencia. Estos productos compuestos también dieron lugar a un mercado de derivados, en este caso de contratos de riesgo de impagos (Credit Default Swaps, o CDS), que también producían primas anuales. El crecimiento del mercado de este tipo de productos, por lo general negociado en privado, permitió tanto la extensión del crédito hipotecario como el acelerado incremento de los riesgos sistémicos a partir de 2005.

³ Los primeros programas de rescate se elaboraron con el propósito prácticamente único de «socializar las pérdidas de la banca» por medio de la compra con dinero público de los activos depreciados y sin valor («tóxicos» se decía entonces) en manos de las firmas financieras. Así el Troubled Asset Relief Program (TARP) estadounidense de 2008, que fue rápidamente ampliado a los 700 mil millones para estos efectos, los distintos programas de estabilidad financiera europeos (MEEF, FEEF, etc.) y el programa de compra de activos británico, a lo que siguió la política de expansión monetaria. Todo ello terminó por consolidar la función de los bancos centrales como prestamistas en última instancia.

⁴ Sobre la crisis europea existe una amplia bibliografía, pero quizás los análisis más interesantes provengan de algunos de los economistas griegos que elaboraron la estrategia de Syriza de desafío a los programas de ajuste estructural de la Troika. Es el caso de los trabajos de Yannis Varoufakis, *El minotauro global. EEUU, Europa y el futuro de la economía global*, Madrid, Capitan Swing, 2012; y *Comportarse como adultos. Mi batalla contra el establishment europeo*, Bilbao, Deusto, 2017; y de Costas Lapavitsas, *Crisis en la eurozona*, Madrid, Capitan Swing, 2013; y con Heiner Flasbeck, *Contra la Troika. Crisis y austeridad en la eurozona*, Madrid, Catarata, 2015.

posibilidad de que ocurriese lo mismo con España e Italia. El incendio financiero llegó a amenazar incluso a Bélgica y Francia. Sin entender muy bien si su papel fue de pirómano o de bombero, la Comisión Europea y el Banco Central Europeo (BCE), acompañados por el FMI —la conocida entonces como la Troika, en un préstamo lingüístico del ruso en el que con ironía se desvelaba el poder dictatorial de las finanzas—, concedieron créditos extraordinarios a los países en dificultades. Las condiciones fueron las típicas de los programas de ajuste estructural: drástica reducción del Estado social, privatizaciones y deflación salarial. Ante la obvia asimetría entre la generosidad mostrada hacia las agencias financieras, que eran directamente responsables de las dudosas operaciones que habían desatado la crisis, y el tratamiento de las poblaciones, sometidas a los programas de austeridad, la tormenta política no tardó en estallar.

La oleada de protestas de 2011 comenzó en el norte de África con las manifestaciones en la Plaza Tahrir de El Cairo en enero y la Revolución del Jazmín en Túnez en el mes anterior. Estas se extendieron por todo el mundo árabe, para provocar una serie de caídas de gobiernos y el torbellino de reacciones y contrarreacciones que culminó con su episodio más dramático en la Guerra de Siria, un complejo conflicto armado que todavía en 2024 no ha alcanzado una solución definitiva. En Europa, la Primavera Árabe sirvió de inspiración para el movimiento de las plazas en España y Grecia, que dominó la política de esos países en su curso posterior. Tras extenderse por el resto del continente (Portugal, Italia, Francia...), la indignación saltó a Estados Unidos en otoño de 2011. Los *occupy*, a pesar de tener una intensidad mucha menor que en el sur de Europa, empujaron una oleada de descontento y de transformación crítica de la opinión pública que el país no había conocido desde los años sesenta del siglo XX.

Las protestas produjeron un giro de las políticas públicas, que en el caso europeo se debe considerar radical. En el verano de 2012, y en la misma línea que ya habían ensayado la FED y el Banco Central de Inglaterra, el presidente del BCE anunció que haría lo que «fuera necesario» para detener la pasión incendiaria de los mercados.⁵ Traducido, lo que el BCE anunció fue un propósito: estaba dispuesto a intervenir sin restricciones sobre los mercados de deuda, comprando bonos de los países endeudados. La presión sobre los bonos en los países europeos en riesgo de *default* se rebajó así de inmediato. Y al menos aquellos Estados que no fueron sometidos a los programas de rescate de la Troika, pudieron recuperar cierto margen de acción. Desde ese momento, el BCE incumplió manifiesta, sistemática e indefinidamente el mandato neoliberal,⁶ que según su constitución escrita le impedía intervenir

⁵ Literalmente las palabras casi mágicas de Mario Draghi el 26 de julio de 2012 fueron: «El BCE está dispuesto a hacer lo que sea necesario para preservar el euro. Y créanme, será suficiente».

⁶ Si bien desde 2009 el BCE había empezado a comprar masivamente bonos de deuda, no por ello puso freno a la dinámica especulativa sobre la deuda de los países en peores condiciones.

directamente en los mercados de «deuda soberana» de los países miembros. Esta fue seguramente la mayor victoria de la oleada global de protestas, al menos en el contexto europeo. Y a esta contribuyó también la amenaza de impago del nuevo gobierno griego de Syriza—una formación que se declaraba sin decoro de «extrema izquierda»—, lo que el nuevo presidente Alexis Tsipras publicitó sin tapujos tras su victoria en 2014 y ratificó por los resultados del referéndum de julio de 2015.⁷ La formación y rápido avance de formaciones políticas como Cinque Stelle en Italia o Podemos y las candidaturas municipalistas en España ratificó la decisión de la tecnocracia neoliberal europea. Desde entonces, la intransigencia política sobre el pago de la deuda condicionada por los rescates tras el desafío griego,⁸ se combinó con la creciente laxitud respecto al incremento del gasto público del resto de los países.

Primero en favor del sistema financiero, luego tras la oleada de protestas en pro del gasto público, la nueva política económica vino signada por la expansión monetaria, esto es, la inyección de liquidez continua, casi irrestricta, por parte de los Bancos Centrales. Esta política vino además reforzada por una reducción continua de los tipos de interés, que llegaron a alcanzar valores reales negativos.⁹ Curiosamente, esta herramienta, conocida como *quantitative easing* (QE) o flexibilización monetaria, estaba en el extremo opuesto al monetarismo de Friedman y Volcker de los años setenta. Se trataba de introducir la liquidez necesaria con el fin de impulsar el crédito, la demanda y la inversión, y con ello la actividad económica. La situación de recesión, de deflación subyacente, hacía de esta política una necesidad por encima de cualquier prescripción ideológica. La recuperación de la segunda mitad de la década de 2010 se debió en buena medida a esta expansión sin límites de la masa monetaria.

Pero los acontecimientos sombríos no habían terminado. Justo a finales de la década, en diciembre de 2019, las autoridades chinas comunicaban a la Organización Mundial de la Salud un brote de una extraña neumonía vírica con centro en Wuhan. Entre enero y marzo de 2020, el brote se había convertido en una pandemia global, que producía diariamente decenas de miles de ingresos y defunciones, colapsando los sistemas sanitarios de casi todos los países. Muchos de ellos declararon estados de emergencia y cuarentenas, algo

⁷ En esta consulta se le preguntaba al pueblo griego: «¿Debería ser aceptado el plan de acuerdo presentado por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional en el Eurogrupo del 25 de junio de 2015 [...]?». El 61,3 % votó en contra de tal aceptación.

⁸ De hecho, la intransigencia de la Troika logró contener a Syriza, obligando a su gobierno a aceptar las condiciones de rescate, con la negociación parcial de varias quitas de la deuda, pero sin modificar la condición de tutela política sobre el país, ni el experimento de provocar una enorme crisis social, que a la postre se puede considerar completamente gratuita (o si se prefiere política).

⁹ Las principales caídas se produjeron en 2008 y entre mediados de 2013 y entrado el año 2022 el BCE mantuvo los tipos en el entorno del 0 %.

que solo podía tener un vago recuerdo en la memoria colectiva más lejana,¹⁰ reduciendo la actividad económica a lo meramente esencial. Como resultado, en 2020, el PIB de los países de la OCDE cayó de media en un 4 %.¹¹ Fue el mayor descenso desde 1929. La recuperación tardaría de media otros dos o tres años. Durante el largo periodo de confinamiento, que en la mayor parte de los países duró varios meses, el mantenimiento de los ingresos y el empleo corrió a cuenta del gasto público.

De nuevo, en la rápida recuperación económica de 2021, se produjo otro fenómeno imprevisto. Sobre el fondo deflacionario de la década anterior, el bloqueo económico seguido de la rápida recuperación del consumo, rompió las cadenas logísticas. Hubo desabastecimientos parciales, seguidos de un rápido incremento de los precios, aprovechado de forma automática por los países productores de petróleo. Salido del cofre en el que lo encerraron los viejos monetaristas, el espectro de la inflación hizo de nuevo presencia en los países ricos. La economía mundial parecía atenzada en sus propias contradicciones, a la espera de que estas volvieran a estallar o de que se desencadenasen tras la irrupción de otro cisne negro, en forma de virus pandémicos, catástrofes o guerras.

Después de 15 años de una crisis apenas interrumpida por la breve recuperación de la segunda mitad de la década de 2010,¹² las viejas economías avanzadas no habían salido de la espiral de la incertidumbre. Quizás la modificación más significativa de esta larga crisis de la globalización neoliberal fuera la constatación definitiva del desplazamiento del eje económico del mundo hacia al polo asiático. Las continuas advertencias acerca de una desglobalización o regionalización de la economía, las promesas —realmente nunca cumplidas— de la reindustrialización de Europa y Estados Unidos o las pequeñas guerras comerciales entre los tres grandes actores globales (EEUU, UE y China) eran solo los síntomas de esta nueva ronda de pérdida de competitividad de las economías occidentales en el escenario mundial. Como se puede ver en la tabla 1, China está en proceso de convertirse en la principal economía del planeta, cuando en 2000 era todavía la sexta, por detrás de Japón, Alemania, Reino Unido y Francia.¹³ La Gran Recesión, en definitiva, ha

¹⁰ Por ejemplo, la última gran cuarentena en Europa se decretó durante la gran epidemia de peste bubónica de Marsella en 1720-1722. Esta afectó a la región de la Provenza francesa, pero se contuvo dentro de esos límites.

¹¹ El PIB mundial decreció en 2020 en un 2,8 %, pero en los países de la OCDE la caída fue del 4 %, con descensos del 11,2 % en España, 7,5 % en Francia o 4,1 % en Japón. Banco Mundial, GFP growth (annual %), 2020.

¹² El periodo comprendido entre 2008 y 2020 es el periodo de menor crecimiento de todas las economías de la OCDE en comparación con cualquier otro periodo de duración similar desde posguerra. Véase OCDE, series de crecimiento del PIB, 1960-2023.

¹³ En 2007, en términos de PIB nominal, China era todavía la cuarta economía del mundo, y Japón la segunda. En 2024, China tenía una economía casi cuatro veces mayor que la de Japón y cinco que la de Alemania. A principios de la década de 2030, es previsible que China supere la economía de EEUU por PIB nominal e India a la de Japón

confirmado este cambio transcendental en el eje de ordenación del capitalismo histórico, que para más ironía parece recaer en un país que formalmente se declara heredero de una revolución comunista.

Tabla 1. Evolución de las principales economías del sistema mundo 1990-2030

Posición	1990		2000		2010		2023	
1	EEUU	5.960	EEUU	10.580	EEUU	15.050	EEUU	27.360
2	Japón	3.190	Japón	4.970	China	6.090	China	17.794
3	Alemania	1.770	Alemania	1.950	Japón	5.760	Alemania	4.460
4	Francia	1.270	R. Unido	1.670	Alemania	3.400	Japón	4.210
5	Italia	1.180	Francia	1.370	Francia	2.670	India	3.549
6	R. Unido	1.090	China	1.210	R. Unido	2.490	R. Unido	3.340
7	Canadá	596	Italia	1.150	Brasil	2.210	Francia	3.030
8	España	536	Canadá	744	Italia	2.140	Italia	2.250
9	Rusia	517	México	742	Canadá	2.100	Brasil	2.170
10	China	361	Brasil	655	India	1.680	Canadá	2.140
11	Australia	311	España	598	Rusia	1.520	Rusia	2.020
12	Corea Sur	283	Corea Sur	576	España	1.420	México	1.790

Fuente: Banco Mundial, GDP countries, series 1960-2023.

De otra parte, más de una década de expansión del gasto público ha dejado unos niveles altísimos de endeudamiento. De hecho, aun cuando la deuda de los hogares se redujo significativamente tras la crisis de 2008, la oleada de ejecuciones hipotecarias y el congelamiento del gasto de la mayoría de la población, la deuda privada de las empresas y la deuda pública no han hecho más que crecer.¹⁴ La prueba, que incrimina a la crisis subyacente, es el raquítico crecimiento neto de los países de «altos ingresos» entre 2008 y 2024. Este apenas superó el 1 % del PIB,¹⁵ e incluso ese umbral solo se logró a costa de un creciente endeudamiento público, del que su sostenibilidad está por verificarse. De hecho, entre 2008 y 2022 el endeudamiento de los Estados de la OCDE (ponderados por población) había pasado del 78,5 % de 2008 al 108,7 % de 2022.¹⁶

y Alemania, al tiempo que Indonesia se incorpore al grupo de las 10 economías más grandes del planeta. En términos de lo que se conoce como PIB ajustado a la paridad de poder adquisitivo (esto es corregidos los tipos de cambio), estos cambios se han producido ya. Véase Banco Mundial, GFP growth (annual %), 1960-2024; y proyecciones económicas del FMI.

¹⁴ OCDE, General government debt, % of GDP, series 2000-2023.

¹⁵ Véase Banco Mundial, GDP growth (annual %) - High Income, Series 1960-2023.

¹⁶ OCDE, General government debt, % of GDP, series 2000-2023.

En conjunto, y como se verifica en este breve recorrido, la Gran Recesión iniciada en 2008, al igual que la Gran Depresión de 1929 o la llamada «crisis del petróleo» de 1973, es un hito en la historia del capitalismo moderno. El año 2008 constituye, de hecho, un parteaguas entre dos grandes ciclos económicos y sociales: marca seguramente el fin de la globalización financiera, al menos tal y como se desarrolló en la década de 1990 y 2000, al tiempo que abre paso a una fase todavía por definir. En estas condiciones, si la crisis de 1929, de la mano también de la agitación política, el ascenso del fascismo y la Segunda Guerra Mundial, abrió el camino a la construcción de la era del capitalismo «regulado», que damos el nombre de keynesianismo, y si la crisis de los años setenta, también empujada por los efectos complejos del 68, abrió el paso al neoliberalismo, deberíamos pensar que la Gran Recesión de 2008 estaría anunciando otra modalidad de capitalismo, que en principio todavía no sabríamos nombrar.

El análisis y la discusión sobre esta nueva etapa histórica se ha convertido en el gran motivo del debate de la crítica en este tiempo de impás.¹⁷ ¿Estamos en medio de una crisis de crecimiento, en la que los nuevos sectores productivos y las fuerzas de la innovación tecnológica nos llevarán, tarde o temprano, a una nueva era de crecimiento impulsada por la transición ecológica y las nuevas tecnologías de la robotización y la inteligencia artificial, tal y como proponen multitud de «solucionistas» y tecnócratas, especialmente en el ámbito europeo?¹⁸ ¿O la crisis de 2008 es la manifestación de los insuperables problemas del bloqueo capitalista que se viene arrastrando desde los años setenta, y para el cual el arreglo financiero se ha mostrado necesariamente transitorio, sin que se pueda decir que haya una solución de distinto tipo, basada en las innovaciones organizativas, la creación de nuevas tecnologías, de nuevos mercados, de nuevos productos, etc.?¹⁹ Y abundando o más bien extremando esta dirección, ¿estamos metidos ya en la transición hacia un sistema distinto al capitalista, previsiblemente peor, en el que los gigantescos monopolios tecnológicos y la concentración del poder financiero acabarían por dar cuerpo a una modalidad puramente rentista y extractiva de poscapitalismo —ya no progresivo, esto es, basado en los incrementos de la productividad y la producción—, un régimen que algunos han dado el

¹⁷ La bibliografía sobre esta discusión es ciertamente enorme, en lo que sigue citaremos algunos debates que se han tenido principalmente en la *New Left Review* y que se han reunido en varias compilaciones de textos como *Las bifurcaciones del capital. Crisis política y revolución en el capitalismo rentista y tecnofeudal*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

¹⁸ Para una discusión sobre este debate véanse las colaboraciones recientes de la *New Left Review* reunidas en *Decrecimiento vs. Green New Deal*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019.

¹⁹ Esta es, con distintas variantes a veces en discusión, la respuesta más común de la gran mayoría de los críticos del capitalismo que operan a partir de la renovación de las viejas categorías marxistas: R. Brenner, D. Harvey, C. Lapavistas, etc.

nombre de tecnofeudalismo?²⁰ ¿O la crisis de 2008 es simplemente el primer gran capítulo del colapso civilizatorio, marcado por los pasos apenas ocultos de la crisis ecológica, que en definitiva está detrás del problema insoluble de los límites del crecimiento?²¹

En relación con este debate se va a adoptar una perspectiva lo menos dogmática posible. Sencillamente es todavía temprano para concluir cuál va a ser el derrotero de la época que ha abierto 2008, y que seguramente ya estaba contenido en la gran crisis industrial de los años setenta. De todos modos, hay algunas cuestiones que podemos afirmar con cierta seguridad, y que son las que nos permiten suponer que la «crisis de integración»²² de esta fase histórica del capitalismo no va a tener una solución sencilla. Muy resumidamente, es harto probable que estemos recorriendo los primeros tramos de una fase terminal, crepuscular, del capitalismo tal y como se ha desarrollado desde la Revolución industrial.

Los indicios que sostienen esta hipótesis tienen que ver fundamentalmente con la persistente ausencia de una batería suficiente de «soluciones» a la crisis de rentabilidad —esto es, a la crisis del capitalismo a secas—, que la era de la financiarización neoliberal permitió sostener durante un tiempo.²³ Estos elementos de bloqueo son básicamente tres y tienen como base común esta sensación de vía muerta, de *cul-de-sac*, al menos para una salida progresiva (basada en el crecimiento) de las sociedades capitalistas.

El primero, el más obvio, es la asimetría entre las promesas del nuevo capitalismo tecnológico y sus pobres resultados en términos de productividad y rentabilidad. A pesar de la notable inversión ideológica, normalmente bajo la promesa publicitaria de un mundo de crecimiento, inversión y paradójicamente de desempleo tecnológico, promovido por el desarrollo meteórico, primero de la cibernética y los grandes ordenadores, luego de la informática y del desarrollo de las telecomunicaciones, y hoy finalmente de la inteligencia

²⁰ Esta la tesis y el concepto empleado por autores como Yannis Varoufakis en *Tecnofeudalismo*, Bilbao, Deusto, 2024. Si bien su acuñación es algo anterior, y probablemente se debe a Cédric Duran, *Tecnofeudalismo. Crítica de la economía digital*, Buenos Aires / Donostia, La Cebra / Kaxilda, 2021. Para una discusión sobre estas cuestiones se puede leer también el debate en las páginas de la *New Left Review*, cuyas principales contribuciones se han reunido en el volumen en castellano *Las bifurcaciones del capital...*; o *Sobre el capitalismo político. El nuevo debate Brenner*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

²¹ La idea del colapso tiene una gran tradición y elaboración en el campo del ecologismo. Sin duda los textos fundadores de la misma se deberían reconocer en los informes del Club de Roma, especialmente el primero: *Los límites del crecimiento*, Ciudad de México, FCE, 1972.

²² El concepto de integración se emplea aquí en los términos más clásicos de la sociología desde Durkheim, como el conjunto de mecanismos que mantienen la relativa coherencia y unidad de una sociedad.

²³ Véase al respecto el artículo incluido en este volumen Isidro López, «La crisis de la financiarización: la crisis de la solución a la crisis», *Cuadernos de Estrategia*, núm. 2, 2024.

artificial, los efectos de esta oleada de inversión en tecnologías de la información y el conocimiento han sido modestos. Los resultados económicos de lo que se debería considerar como la cuarta revolución industrial han resultado tan prometedores, en boca de sus voceros, como decepcionantes en las estadísticas de productividad y rentabilidad.²⁴ La incapacidad de todo este conjunto de industrias relacionadas con el conocimiento y la tecnología informática —desde la biotecnología hasta la inteligencia artificial— de convertirse en el motor de una nueva era de crecimiento del empleo y de la inversión, como ocurrió primero con la máquina de vapor y la industria textil, luego con el acero y el ferrocarril y finalmente con el petróleo y el automóvil, es uno de los elementos menos sencillos de explicar del capitalismo moderno.²⁵ Pero cada vez parece más difícil negar que las nuevas tecnologías no han tenido, en los indicadores económicos más elementales —inversión, rentabilidad, empleo, crecimiento—, unos resultados comparables a los de las grandes innovaciones del fordismo.

De hecho, el capitalismo tecnológico sigue siendo más una economía de expectativas y promesas, lo que la vuelve propensa y funcional a las burbujas financieras, y menos una forma renovada del viejo capitalismo industrial.²⁶ Esto se manifiesta de forma continua en los problemas recurrentes de

²⁴ Esta tesis se conoce en la literatura técnica como la «paradoja de Solow» quien, en fecha tan temprana como 1987, afirmó que los «ordenadores están en todas partes salvo en las estadísticas de productividad». Efectivamente, la expansión de las tecnologías de la información durante la década de 1980 no coincidió con una expansión significativa de la productividad, al menos según las medidas convencionales. El repunte de este indicador en la década de 1990, y que pareció desterrar esta paradoja, se vio de nuevo corregido por los pobres incrementos de la productividad en las décadas de 2000 y 2010. La paradoja resulta tan chocante a los economistas convencionales que muchos se han negado a reconocerla, a considerarla como un problema de medición, difusión o retardo en los efectos de la innovación. La cuestión es más sencilla, las economías del Norte global son economías fundamentalmente de servicios, y en las que, por tanto, las tecnologías de la información solo producen incrementos de productividad marginales.

²⁵ Este es el núcleo de la tesis de los grandes ciclos de acumulación de capital, que desde Kondratieff y Schumpeter, se ha elaborado para dar cuenta de los periodos de crecimiento y crisis asociados a la aparición de nuevos mercados, nuevos productos y nuevas formas de organización del trabajo, o si se prefiere de sucesivas revoluciones tecnológicas y de innovación.

²⁶ Un ejercicio sencillo de esta demostración consiste en comparar el valor bursátil de las grandes empresas tecnológicas y su facturación real. Así en febrero de 2024, Microsoft con 3 billones de dólares de capitalización bursátil era la primera empresa del mundo, Apple con casi el mismo valor la segunda, Alphabet la cuarta, Nvidia la quinta, Amazon la sexta y Meta la séptima. Entre las siete primeras solo estaba una empresa «no tecnológica», Aramco, la tercera. En cambio por facturación en 2023, la primera era Walmart con una facturación de 600 mil millones de dólares, la segunda y la tercera dos empresas de energía Aramco y la china State grid, en la quinta, la sexta, la séptima y la novena posición de nuevo otras cuatro empresas de energía (China National Petroleum, Sinopec Group, ExxonMobil y Shell). Las únicas dos tecnológicas

realización de las inversiones, la rápida obsolescencia de los productos debido a la velocidad de innovación sobre los mismos, y la adaptación a nichos de mercado ya maduros,²⁷ sobre los que algunas empresas tecnológicas han logrado obtener una posición de cuasi monopolio —como es el caso de Amazon sobre el comercio al por menor a través de Internet—, pero sin modificar sustancialmente los patrones de producción previos.

En esta misma línea, no parece previsible que la llamada transición verde, activada por la amenaza del calentamiento global, pueda convertirse en una opción de reemplazo para los sectores industriales maduros, un nicho de rentabilidad suficiente para absorber las enormes masas de capital excedente que durante estas últimas décadas han flotado en los mercados financieros, produciendo la conocida serie de burbujas y crisis. Paradójicamente el rápido desarrollo en los últimos años de la tecnología asociada a los aerogeneradores, la energía solar e incluso el coche eléctrico ha abaratado enormemente los costes de la transición, pero también ha reducido en la misma medida la rentabilidad de estos sectores, que ya empiezan a mostrar síntomas de exceso de capacidad, además de ser liderados fundamentalmente por China.²⁸

En segundo lugar, la solución financiera probada desde finales de la década de 1970 no parece tener ya más recorrido. En contra de la misma, juegan en primer lugar los altos niveles de endeudamiento de los principales actores de la economía mundial —los Estados, las grandes empresas y los hogares de los países ricos—. Por ejemplo, el total de la deuda de todos los sectores de Estados Unidos, llegó a rozar en 2023 los 100 billones de dólares, la cifra más alta en su historia, y cuatro veces su PIB.²⁹ Sin duda, buena parte de las formas de extracción de rentas, que tres décadas de financiarización han impuesto en determinados ámbitos —como los mercados inmobiliarios ampliamente liberalizados, los préstamos a la educación superior en los países anglosajones,

entre las diez primeras eran Amazon, convertida en realidad en una empresa logística y de venta al detalle, y Apple en la octava posición —con una facturación casi diez veces menor a su valor en bolsa—, dedicada a la producción y venta de dispositivos informáticos. Grandes grupos industriales tradicionales como Volkswagen o Toyota tenían una facturación notablemente mayor que la de la mayor parte de los grandes monopolios tecnológicos. Véase *Fortune 500*, 2023.

²⁷ El problema de la rentabilidad del capital, asociado a la creciente eficiencia del mismo capitalismo, capaz de agotar en cuestión de años o de meses nuevos productos es uno de los problemas mayores del capitalismo actual, y es el motivo de la reflexión de un gran número de los autores citados en este texto.

²⁸ Este doble movimiento hacia el exceso de capacidad y el creciente monopolio de la producción por parte de empresas chinas se ha producido ya en varios ámbitos de las llamadas industrias de la transición verde. Así China produce alrededor del 80 % de los módulos fotovoltaicos que se instalan en el mundo, así como de las baterías de gran capacidad que requieren las energías renovables. Véase *International Energy Agency, Special Report on Solar PV Global Supply Chain*, agosto de 2022.

²⁹ Concretamente 98,2 billones, según datos de la FED of San Louis, serie de deuda de todos los sectores, 1945-2023.

la especulación en los mercados de deuda soberana, etc.— persistirán, e incluso es probable que den lugar a nuevas formas más correosas de dominio financiero. Lo que es más dudoso es que el gobierno de las finanzas pueda volver a generar ciclos financieros «virtuosos», capaces de promover una suerte de keynesianismo financiero, con efectos en la inversión, la demanda y el empleo. Parece mucho más probable que los altos niveles de endeudamiento público y privado estallen en algo parecido a una devaluación rápida, con efectos de depresión económica general, o en su defecto en una situación a la «japonesa» caracterizada por un alto y creciente endeudamiento, así como un largo estancamiento.

Tampoco parece probable, por último, que se vaya a articular una nueva solución espacial a la crisis de rentabilidad actual. El gran arreglo espacial³⁰ de la globalización neoliberal pasó por el desplazamiento histórico del capital hacia la costa asiática del Pacífico, a partir del núcleo de irradiación japonés, pero también por medio de la inversión de las grandes corporaciones occidentales en Corea, Taiwan, Singapur y luego en las «zonas económicas especiales» chinas. Desde hace varias décadas, esta región es sin discusión el taller del mundo. Pero ¿es todavía posible algún tipo de desarrollo que repita el patrón de las décadas previas en otras regiones con salarios bajos y costes fiscales reducidos?

En cierta medida, este es el único gran patrón de crecimiento que se ha desarrollado desde la década de 1990. El fuerte impulso de la economía china, se ha ido extendiendo hacia el sur a lo largo de la costa del mar de China y hacia el interior del continente. La inversión, fundamentalmente en sectores de baja composición tecnológica e intensivos en mano de obra, se ha desplazado así hacia otros países, como Vietnam, Indonesia o Filipinas. Pero este desarrollo, así como el fuerte empuje de la economía india en los últimos veinte años, está muy lejos de emular el rápido crecimiento de las primeras economías asiáticas de las décadas anteriores.

De hecho, incluso las instituciones oficiales prevén un escenario sombrío, marcado por la paulatina ralentización de la economía mundial, con efectos sociales y políticos difíciles de calibrar. El FMI, por ejemplo, augura un crecimiento del PIB mundial mucho más lento para la década de 2020, que el ya menguante de la década de 2010, cuando se alcanzó el 3,8 % de media anual: de hecho, este puede ser incluso inferior al 3 % al final de la misma. En la década de 2000, empujado sobre todo por las grandes economías asiáticas (excepto Japón), la economía mundial creció a un ritmo del 5 % anual.³¹ En esta década,

³⁰ Arreglo espacial o *spatial fix*, en el sentido en el que habitualmente lo emplea David Harvey como solución a la sobreacumulación y al exceso de capital. Este pasa por la fijación en el territorio de grandes masas de capital en forma de infraestructuras y bienes de equipo con ciclos de rentabilidad relativamente largos. Véase al respecto D. Harvey, *Los límites del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024; o si se prefiere, en una versión más aplicada y menos teórica, *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2003.

³¹ Véase FMI, *Perspectivas de la economía mundial. A un ritmo constante, pero lento: Resi-*

la gran economía china crecerá a la mitad de ritmo (un 5 %) que hace 10 años, y el otro gigante demográfico (India) lo hará solo a un ritmo un poco mayor, insuficiente en cualquier caso para garantizar una convergencia no ya con las economías avanzadas, sino con sus vecinos orientales.³² En estas condiciones, todo apunta a que la «solución espacial» china, un país continental con un Estado capaz de gobernar la dirección económica, al tiempo que impone, su particular versión de la paz social, no va a encontrar posiciones de reemplazo de la misma eficacia. Ni la India, ni la región mucho más pobre y compleja del África subsahariana parecen candidatos a convertirse en motores económicos sustitutos, al menos de momento, y seguramente de forma definitiva.

De una forma típicamente convencional, los economistas de instituciones como el FMI o el BM atribuyen este ritmo de crecimiento mucho más lento, al escaso dinamismo de la productividad —cuya causa encuentran en una ineficiente asignación de los factores de producción— y a un crecimiento demográfico cada vez más lento y únicamente protagonizado por el continente africano.³³ Fugado el optimismo, incluso entre quienes fueron los principales guardianes de las bondades del libre comercio y la liberalización económica, las perspectivas parecen adecuarse a una tendencia que algunos han empezado a llamar «secular», y que apunta a la ralentización primero y luego al estancamiento.³⁴

Las consecuencias serán, como siempre desiguales, según la posición de cada país o de los distintos segmentos sociales. Para los países de menores ingresos, la falta de dinamismo económico amenaza con hundirles en una situación de estancamiento con pobreza, cuya traducción probable será un nuevo incremento de las desigualdades debido a la propia inercia de la concentración patrimonial, sin correcciones fiscales adecuadas. En estas condiciones, su futuro a medio plazo parece condenado irremediablemente a un creciente conflicto distributivo a distintas escalas. Por su parte, en lo que según la terminología del FMI son las economías avanzadas —básicamente

liencia en un contexto de divergencia, abril de 2024; y FMI, *Actualización de Perspectivas de la economía mundial. La economía mundial contra las cuerdas*, julio de 2024.

³² En 2023, el PIB per cápita indio en términos nominales era de poco más de 2.000 euros, unas 35 veces menor que el de Estados Unidos o 6 veces menor que el chino a los mismos tipos de cambio; la distancia se reducía a 8 veces respecto a EEUU y 3 respecto a China en valores a paridad de poder adquisitivo. En cualquier caso, a partir de estas diferencias, para que India convergiera con estos países en renta *per capita* tendría que al menos triplicar su crecimiento del PIB respecto del crecimiento chino y a sextuplicar el de EEUU, y esto durante varias décadas. Tal proceso de convergencia de la economía india no se ha registrado en los últimos años, ni parece que se vaya a registrar, salvo quizás en relación con las decadentes economías europeas. Véase Banco Mundial, series de crecimiento del PIB por países 1960-2023.

³³ FMI, *Perspectivas de la economía mundial... 2024*, pp. 74-93.

³⁴ Merece la pena comparar el tono subyacente de los informes del FMI en la última década, que es realmente lúgubre, con el optimismo reinante de la década de 2000, o incluso de la primera recuperación de mediados de la década de 2010.

EEUU, Europa, Corea-Japón—, las previsiones de crecimiento de este organismo para la década de 2020, son del 2 % anual, y estas bajan todavía más para la zona Euro (1,5 %).³⁵

En lo que sigue de este artículo, se tratará de analizar el impacto de la atonía económica en el centro de la economía mundo, concretamente sobre sus clase medias, que han constituido el eje de estabilidad social de estos países. Este cuerpo social, todavía mayoritario, ha adquirido su forma a partir de las dos grandes modalidades históricas de intervención estatal: el keynesiano bienestarista, que permitió la integración política y social de la clase obrera dentro de sus respectivas naciones, y el neoliberalismo propietario, aparentemente meritocrático. Sobre esta base, apenas sorprende que la forma de intervención estatal en la última década haya basculado entre estas dos modalidades de ingeniería social: por un lado, tratando de contener la devaluación de la base patrimonial de las clases medias, así como de su acceso al crédito y a determinadas formas de renta, que compensen mínimamente la depresión de los salarios; por otro, tratando de sostener a toda costa ciertos marcos del Estado social y del empleo público, que son en última instancia los que generan el efecto mayoría que constituye a las sociedades fundadas en las clases medias.³⁶

El debate sobre la crisis del capitalismo se desarrolla así en dos planos. El primero, que se ha tratado de resumir en las páginas previas, da cuenta de los límites internos y externos al dinamismo del capital. Las principales variables a considerar son la rentabilidad, el crecimiento, la relación entre el capital productivo y el capital financiero, la división internacional del trabajo y las soluciones espaciales a la sobreacumulación, las formas de organización empresarial, las modalidades de innovación y aplicación tecnológica, los modos de consumo de la fuerza de trabajo, etc. La segunda comprende las formas de integración de las sociedades capitalistas. En esta dimensión se deben considerar todas las instituciones fundamentales que dan una coherencia relativa a estas sociedades: el Estado, las formas de familia, la segmentación de la sociedad en clases, así como los criterios de exclusión e inclusión social, las distintas ideologías y relatos culturales con las que la sociedad se explica, etc. Es esta segunda dimensión la que se va a considerar ahora.

La crisis del Estado integrador

El problema de la crisis coincide con el problema del Estado. Por mucho que esta institución haya sido parcialmente despojada de contenidos y funciones,

³⁵ FMI, *Perspectivas de la economía mundial...*

³⁶ Debemos entender este «efecto» como la vertebración de estas sociedades en torno a unas clase medias, que tienen tanto en términos demográficos como sobre todo culturales, la función de servir de modelo logrado, o al menos aspiración compartida, de la forma de vida óptima, deseable, normal, etc. Para un desarrollo de este argumento véase Emmanuel Rodríguez, *El efecto clase media. Crítica y crisis de la paz social*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

desplazada por los organismos supranacionales y las corporaciones multinacionales o fragmentada en su base por la creciente autonomía de las llamadas «entidades subestatales» (por ejemplo, las regiones ricas, las ciudades globales), el Estado intervencionista sigue siendo la gran fábrica social del capitalismo moderno. La cuestión a dirimir aquí es ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo estará en condiciones de sostener la compleja malla que mantiene la estabilidad relativa de las sociedades metropolitanas?

Como se ha visto, el Estado intervencionista, cuya constitución contemporánea se forja en el periodo de entreguerras, no fue desplazado por las modalidades de regulación neoliberal. La contención de los desafíos que representó el 68 y las nuevas exigencias de mercantilización, que guiaron las políticas neoliberales, exigieron la persistencia —en algunos casos, el refuerzo— de la intervención estatal. Los ejemplos de Reagan o Thatcher resultan ilustrativos: la retirada del Estado en determinados ámbitos, se vio notablemente compensada por la intervención en otros. De hecho, a pesar de las rebajas fiscales a los beneficios del capital y los sectores más pudientes el volumen total del gasto público no se redujo en ningún caso. Lo que se dirimió entre keynesianismo y neoliberalismo, y en su frontera —más porosa de lo que parece—, no es por tanto una cuestión de menos Estado, sino de la forma y estilo del Estado, que en todo caso ha seguido siendo fuertemente intervencionista.³⁷

Por situar la cuestión en magnitudes económicas, lo que diferencia a las economías avanzadas de aquellas pobres, o según la jerga técnica «en vías de desarrollo», es la persistencia de un Estado extenso, capaz de regular prácticamente todos los capítulos de la vida social. Con datos de 2022, el gasto de casi todos los Estados ricos del planeta fue superior al 40 % del PIB. Estados Unidos, por ejemplo, tenía en ese año unos niveles de gasto situados alrededor del 45 %, cuando en 1970, en la gran época keynesiana, este era de solo el 33 %. Por su parte, en casi todas las grandes economías de la Unión Europea este porcentaje subía a más del 50 %, y es de media 15 puntos superior al de 1970.³⁸ A la hora de considerar este enorme volumen de gasto es preciso saber que este no se consume únicamente en el pago de los salarios de los funcionarios, las pensiones que administra la tesorería de la Seguridad Social y el pago de los principales servicios públicos (salud, educación, defensa, policía). El Estado es el principal protagonista económico de las sociedades

³⁷ Un caso paradigmático de esta diferencia se puede ejemplificar en la Unión Europea, concebida por algunos como un gobierno puro de la axiomática económica neoliberal, y no propiamente como un supra-Estado. No obstante, según la definición de W. Streeck, la federación europea opera como un super-Estado hayekiano —y no como un mero mecanismo de gobernanza económica, que sencillamente resulta imposible sin mecanismos coercitivos—, que desplaza la posibilidad de un ejercicio democrático de la soberanía sobre las finanzas, por la inscripción de las reglas de gasto en la constitución estatal de la Unión Europea. Véase el argumento de Streeck en *Comprando tiempo...*

³⁸ OCDE, General government spending % of GDP, 2021.

capitalistas avanzadas. En la mayor parte de estos países, industrias y sectores enteros dependen de su capacidad de gasto como es el caso de la obra pública, buena parte del sector farmacéutico, la importante industria militar, la mayor parte del sector cultural, la agricultura altamente subvencionada en Europa y EEUU, así como lo que se suelen considerar sectores estratégicos (principales industrias de exportación, energía, transportes, etc.). El Estado es por tanto el principal proveedor y el principal cliente económico en estas sociedades. Prácticamente no hay sector económico que pueda mantener su volumen de facturación sin el recurso a las licitaciones públicas. La reacción neoliberal no ha modificado realmente esta posición del Estado, que obviamente sirve para sostener el beneficio de las principales corporaciones euroestadounidenses.³⁹

En el capítulo de empleo, el Estado es igualmente el principal empleador de estas sociedades por encima de cualquier otra empresa o de cualquier otra agrupación patronal de un sector específico. El empleo público en los países de la OCDE se sitúa alrededor del 18 % de los ocupados, en un rango que va de los porcentajes superiores al 25 % en los países escandinavos a menos del 10 % en Japón y Corea. En Estados Unidos, el 14 % de los empleados está integrado en alguna agencia estatal o municipal.⁴⁰ Del mismo modo, el Estado ingresa fundamentalmente por vía fiscal alrededor del 40 % del total del PIB de esas economías.⁴¹ ¿Se puede hablar así de una retirada del Estado, cuando este administra casi la mitad de la economía de estos países? Y ¿qué implicaciones sociales y políticas tiene que el Estado se pueda encontrar con crecientes dificultades para mantener sus ingresos y este amplio rango de líneas de intervención?

*

La teoría del Estado es una de las grandes disciplinas especulativas de la teoría política, y en cierta medida constituye su base. El concepto de Estado está inevitablemente impregnado por la idea de su majestad y omnipotencia que emana de la teoría moderna de la soberanía en Bodino, Hobbes, etc. Para abordar el problema de lograr un concepto adecuado del Estado moderno, se

³⁹ De hecho, todas las crisis económicas han acentuado esta posición del Estado, que se convierte en el garante último de la actividad económica. En este sentido, y a partir de una serie de intervenciones de Robert Brenner se viene desarrollando una discusión sobre lo que se ha dado en llamar «capitalismo político», que vendría a reforzar esta posición del Estado a la hora de completar y garantizar el beneficio corporativo, e incluso el beneficio financiero. Las principales aportaciones están reunidas en castellano en *Sobre el capitalismo político. El nuevo debate Brenner*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

⁴⁰ OCDE, Estadísticas de las cuentas nacionales (database), «Employment in general government as a percentage of total employment», 2021.

⁴¹ OCDE, General government revenue, % of GDP, 2022.

podría recurrir a la formulación canónica de la doctrina del Estado alemana elaborada en el marco de la Alemania guillermina y que concibe el Estado a partir de sus tres elementos principales: un territorio sobre el que tiene su soberanía, una población que gobierna y administra, y el propio poder del Estado entendido como una suerte de voluntad o dirección colectivas.⁴² O se podría también recurrir a la idea típicamente sociológica de Max Weber del Estado en tanto monopolista legítimo de la violencia.⁴³ Pero si se quiere una formulación más actual, el Estado se podría entender como el «monopolio de los monopolios», lo que comprende no solo la producción de derecho, el ejército, la policía, etc., sino también el ejercicio de la violencia simbólica y la capacidad para sancionar o integrar dentro de las instituciones del Estado cualquier otra forma de poder, que en principio no nace del Estado (como la economía, el saber sancionado académicamente, la propia familia, etc.). Esta es básicamente la formulación de Bourdieu que entiende el Estado *como principio de representación legítima del mundo social*, o en sus propios términos de producción de *ortodoxia*;⁴⁴ o también como el metacampo del poder que organiza todos los campos del poder —desde el económico hasta el académico—. ⁴⁵

El límite a estas abstracciones está en que no nos sitúa en el curso histórico, esto es, en las formas precisas en las que esta ficción de soberanía del Estado se ha vuelto posible de forma concreta, específica o situada. En el capitalismo histórico, los Estados operan como piezas institucionales, formalmente simétricas, sometidas a tensiones recíprocas, que solo se pueden entender dentro del sistema de Estados, así como a partir de las relaciones de dependencia y dominación —muchas veces brutales— que operan entre los mismos. Al mismo tiempo, los Estados operan al lado, de la mano o frente a un conjunto de entidades y sujetos —lo que comprende prácticamente todas las realidades sociales imaginables: iglesias, comunidades, clases, empresas, entidades subnacionales, etc.— sobre las que solo ejercen un poder parcial, y a menudo no decisivo. Su pretensión soberana es, por eso, una pretensión, en cierta forma una ficción. Por último, los Estados tienen una composición fragmentaria, a menudo incoherente, hecha de multitud de piezas, departamentos, agencias, que en ocasiones operan con cierto grado de autonomía y más fidelidad a su función establecida y a los intereses creados, que a los poderes de un Estado y un derecho unificados.

⁴² Véase su formulación canónica en Georg Jellinek, *Teoría general del Estado*, Ciudad de México, FCE, 2000 [1900].

⁴³ M. Weber, *Economía y sociedad*, Madrid, FCE, 1993.

⁴⁴ Pierre Bourdieu, *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*, Barcelona, Anagrama, 2014.

⁴⁵ «Una suerte de metacampo, de un campo donde se produce, se conserva, se reproduce un capital que da poder sobre las otras especies de capital», *ibídem*, p. 274. O también Pierre Bourdieu, *La nobleza de Estado. Educación de élite y espíritu de cuerpo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

En los términos que aquí nos ocupan, la secuencia entre el Estado keynesiano y el Estado neoliberal, así como lo que llamamos la crisis del Estado intervencionista, resulta problemática y menos clara de lo que muchas veces se presenta. El Estado keynesiano del bienestar se constituyó como el principal actor económico —en cierto modo hizo las veces de capitalista colectivo—, en condiciones políticas y sociales muy determinadas, marcadas por la amenaza de extensión del ciclo revolucionario abierto en 1917, la alternativa de la forma autoritaria fascista y las dos guerras mundiales, que exigieron una rápida extensión de las funciones públicas en pro del desarrollo de una economía de guerra eficaz.

El Estado keynesiano desarrolló los sistemas públicos de educación y salud, unificó los seguros en los sistemas nacionales de Seguridad Social, trató de garantizar la estabilidad del salario familiar, integró a los partidos y sindicatos obreros —si bien siempre de forma subordinada— en la participación política y en los rituales nacionales. En términos históricos, el Estado keynesiano ha sido, por eso, el Estado integrador y universalista por antonomasia y para la mayor parte de la izquierda, así como para cierta derecha, el Estado social de posguerra ha constituido la mayor conquista de la civilización moderna.⁴⁶ Tanto es así que su inercia persiste sin género de dudas hasta hoy en día.

Naturalmente, la integración y las pretensiones universalistas del Estado keynesiano del bienestar acababan allí donde acababa el «hombre universal», que típicamente correspondía con la ciudadanía nacional. Más allá de esta frontera, empezaba un terreno nebuloso, formado por las minorías étnicas y raciales, los marginales, los trabajadores extranjeros, los pueblos colonizados, etc. A partir de la década de 1960, este espacio social «no integrado» se articuló políticamente en el movimiento de los derechos civiles de los afroamericanos en EEUU, en los procesos de descolonización de los imperios francés e inglés y en la llegada a las metrópolis de un creciente contingente de trabajadores de las antiguas colonias y que ya no eran «nacionales». La respuesta a estos movimientos del Estado keynesiano fue a medias represiva y a medias integradora. En otras palabras, el Estado de bienestar keynesiano desarrolló un margen suficiente para integrar primero a la clase obrera y luego las demandas de otros colectivos, que no participaron en su formación. Todo ello, si se quiere, de forma parcial y limitada, pero relativamente eficaz.

⁴⁶ Apreciaciones en este sentido se pueden encontrar en un amplio espectro de autores y personalidades relevantes de casi todo el arco político, y son todavía de sentido común entre una parte no pequeña de las poblaciones europeas, tal y como revelan los índices de aprobación del Estado de bienestar. Valga como ejemplo el reciente informe de la OCDE en el que se muestra que la aprobación del Estado bienestar en los principales países europeos sigue siendo muy mayoritaria, y que el malestar de sus poblaciones tiene que ver fundamentalmente con su deterioro: *OCDE, Content or Discontent? Perceptions of Social Protection in France, Germany and the United Kingdom*, 2024.

De otra parte, las condiciones de desarrollo del *welfare* estuvieron estrictamente condicionadas por el ciclo virtuoso de la acumulación fordista: inversión, empleo, crecimiento y con ello el desarrollo de una poderosa hacienda pública. El desarrollo del Estado fiscal, sostenido fundamentalmente por la ampliación de la base impositiva asociada al crecimiento económico, permitió ampliar el bienestar. Durante tres décadas, las políticas keynesianas mantuvieron así una suerte de capitalismo regulado, sometido a cierta planificación estatal, que garantizaba la inversión pública a los capitales privados en función de unas proyecciones más o menos establecidas de crecimiento y según el mandato de mantener niveles de ocupación cercanos al pleno empleo.

Por contraste, el Estado neoliberal es en muchos aspectos distinto, incluso opuesto a los presupuestos del Estado keynesiano. Y sin embargo, en otros constituye estrictamente su continuación. La crisis política y económica de la década de 1970 mostró los límites de las políticas de demanda, en un contexto de creciente competencia industrial, crecimiento de los salarios, agitación obrera y creciente inflación. El disciplinamiento monetario trató de orientar las políticas de Estado a la recuperación de los márgenes de beneficio, aunque esto fuera a costa de la desindustrialización parcial de las economías del centro y el rápido incremento del desempleo. Para los países de la semiperiferia y la periferia, a excepción de la región de Asia-Pacífico, a partir de la primera crisis de la deuda de la década de 1980, este disciplinamiento, paradigmáticamente impuesto por medio de los planes de ajuste estructural, implicó el abandono de toda tentativa de desarrollo endógeno a partir de los programas de sustitución de exportaciones y, por ende, de construcción de un Estado keynesiano propio. Su política quedó entonces vinculada al ajuste fiscal y a la producción para la exportación.

Para los Estados del centro, la globalización neoliberal implicó además la búsqueda de ciertos nichos de especialización en aquellas actividades que estaban situadas en el ápice de la cadena de valor: funciones de dirección, finanzas, investigación, diseño, innovación, etc. En este proceso de rápida devaluación de una parte no pequeña del capital físico asentado en el territorio (las viejas instalaciones e infraestructuras industriales ahora deslocalizadas o modernizadas), los Estados promovieron políticas de inversión o «reindustrialización» en lo que entonces eran considerados los sectores de vanguardia o de futuro.⁴⁷ Durante la década de 1990 y 2000, los manuales para políticos y gestores, e incluso la mayor parte de la investigación social (también crítica), fijaron el ámbito prioritario de esta transformación en las llamadas «industrias del conocimiento»: tecnología informática, telecomunicaciones, biotecnología, etc.

En este marco de especialización, forzado por la globalización productiva, la función del salario se desplazó como factor de demanda a la columna de costes, tanto de la empresa como de las economías nacionales lastradas por los

⁴⁷ Según una secuencia a la vez económica y espacial, bien estudiada por David Harvey, en la que unos arreglos espaciales se siguen de otros. Véase de nuevo D. Harvey, *Los límites del capital... y Espacios del capital*, Madrid, Akal, 2007.

crecientes problemas de competitividad. Para los países centrales, el mantenimiento de las industrias maduras y más intensivas en mano de obra resultaba así cada vez más oneroso. Por contra, las emergentes industrias del conocimiento parecían ofrecer buenos salarios, con una productividad y una incorporación de capital todavía crecientes. En las condiciones impuestas por la competencia por la captación y desarrollo de estas industrias, el Estado debía impulsar aquellas inversiones e infraestructuras que facilitarían su desarrollo: universidades punteras, centros tecnológicos, redes de fibra óptica e incluso entornos urbanos tolerantes y amables, orientados a la atracción y desarrollo de este tipo de inversiones.⁴⁸ Este tipo de administración emprendedora y proinnovación dio lugar a distintas formulaciones de un nuevo tipo de Estado modelo, como la del sociólogo británico Bob Jessop, que acuñó el término Estado competitivo schumpeteriano,⁴⁹ o la de la economista Mariana Mazzucato que, en un registro más convencional, ha propuesto la figura del Estado emprendedor.⁵⁰

La idea de este Estado competitivo, inspirado en la exitosa reorientación de algunos pequeños países europeos —fundamentalmente escandinavos—, permitía dibujar un horizonte congruente con las aspiraciones de la nueva socialdemocracia, en las que la introducción de elementos de competencia y la desregulación de los mercados no tenía que ir en contra del mantenimiento de los viejos resortes garantistas del Estado del bienestar. Para una región (como la Bahía de San Francisco y su Silicon Valley) o un pequeño Estado (como Finlandia⁵¹) la especialización en estas economías de la innovación implicaba una notable ampliación de la base fiscal, y con ello de las posibilidades de gasto público. Pero como hemos visto y luego veremos con más detalle, la llamada era de la globalización no fue una época de innovación, incremento de la productividad, crecimiento del empleo, etc. En los países centrales, esta fue más bien una fase de bajo crecimiento, estancamiento de la productividad y caída del empleo industrial. La posición de estos países ha venido, en realidad, asegurada por medios menos «meritocráticos», esto es, menos basados en su capacidad para liderar en la economía de la innovación. Sede todavía de las principales multinacionales del planeta, de los principales

⁴⁸ Esta en resumidas cuentas fue la idea de las ciudades creativas de Richard Florida, *Las ciudades creativas*, Barcelona, Paidós, 2009.

⁴⁹ Esta es por ejemplo la formulación de Robert Jessop en *El futuro del Estado capitalista*, Madrid, Catarata, 2008; y *The State. Past, Present and Future*, Cambridge, Polity Press, 2016.

⁵⁰ Mariana Mazzucato, *El Estado emprendedor. La oposición público vs. privado y sus mitos*, Madrid, Taurus, 2022.

⁵¹ Finlandia fue durante los años noventa y dos mil el caso más repetido de éxito de la economía de la innovación, como Suecia lo fue del modelo de Estado de bienestar, debido fundamentalmente a su posición siempre en los primeros puestos en los ránquines de inversión y logro educativo y al desarrollo internacional de su empresa estrella: Nokia. En cualquier caso, cuando en 2011 Nokia perdió el liderazgo en el sector de los teléfonos móviles, frente a los nuevos móviles inteligentes de Apple y otras empresas, la estrella finlandesa empezó a dejar de brillar.

centros financieros y de las tres principales monedas de cambio internacional (dólar, euro y libra), Estados Unidos, y en menor medida Europa, consiguieron mantener una posición todavía hegemónica en la economía mundial a partir de su condición de centros de mando de la economía global.

Su especialización se basó así menos en la virtuosa innovación «schumpeteriana», que en su posición financiera y militar —especialmente para el caso de Estados Unidos— como polo todavía central de la economía-mundo. Esto explica que, hasta 2008, a pesar del débil crecimiento de sus economías, estos Estados pudieran mantener sus funciones, e incluso ampliar el gasto público, en condiciones de rápida pérdida de competitividad frente a las economías asiáticas. La cuestión crítica en este caso vuelve a ser ¿hasta cuándo conseguirán sostener esta posición?

La crisis de 2008 fue un serio aviso de que las cosas podían cambiar. El rápido incremento de la deuda pública y la especulación en el mercado de bonos empujó a una situación de quiebra técnica a tres o cuatro países europeos y estuvo a punto de llevar al *default* de medio continente con consecuencias imprevisibles para la propia supervivencia de la Unión.⁵² El desastre europeo se desarrolló según un guión escrito por razones tanto políticas, como económicas, y que no resulta difícil de descifrar. Al menos hasta 2012, la Troika tensó a los Estados en dificultades sobre la base de la prescripción del ajuste fiscal y la deflación salarial. El objetivo de las élites europeas no pasaba únicamente por rescatar a las finanzas —al tiempo que se les proporcionaba nuevos nichos de beneficio—, a la vez que se intentaba disciplinar a unas poblaciones adictas al gasto social. Se trataba también de recuperar competitividad en la carrera mundial, especialmente en aquellos sectores que entonces se podían considerar estratégicos como el automóvil y la transición verde.⁵³ Al reducir los márgenes de acción del Estado, aplicando en tiempos de crisis el viejo mandato de Maastricht sobre el control del gasto y de la deuda pública, se esperaba poner a Europa en mejores condiciones para sortear la pérdida de competitividad tanto frente a EEUU como China, entendiendo los altos salarios del continente y el Estado social como un coste cada vez más inasumible.⁵⁴

⁵² Conviene recordar que en aquellos años se barajaron distintas alternativas, como la de desgajar a los países del norte del continente de los del sur y del este, deshaciendo la unidad monetaria en dos o más monedas.

⁵³ La pérdida de competitividad de la economía europea es un tópico de largo recorrido en la historia de la Unión Europea, pero se ha vuelto cada vez más presente. En el otoño de 2024 este ocupó las primeras páginas de la prensa europea tras la publicación del informe elaborado por el equipo de Mario Draghi, expresidente de la república italiana y del BCE: *The future of European competitiveness*, septiembre de 2024. En este informe, como en otros previos, se proponía orientar una masiva inversión pública y privada a la reindustrialización del continente.

⁵⁴ Resulta curioso verificar que el discurso de la austeridad se acompañó en todos esos años con una pretensión de promocionar el liderazgo europeo en las industrias de la transición verde (eólica, coche eléctrico, luego hidrógeno verde, etc.). Curiosamente también, tras la agitación política desatada en 2011, los planes estratégicos

La oleada de protestas que se desencadenaron en 2011 obligó, sin embargo, a dar marcha atrás con esta estrategia. La crisis volvió a hacer manifiesta la contradicción que en plena contrarrevolución thatcheriana expresara el sociólogo alemán, Claus Offe, acerca de que el capitalismo no puede coexistir con el Estado de bienestar pero tampoco puede vivir sin él.⁵⁵ El experimento griego, con el que la Troika trató de ensayar la doctrina del shock⁵⁶ en Grecia —un país del Norte aunque sea de su periferia—, desató en el continente la mayor oleada de agitación política desde 1968. Y seguramente acabó dando al traste con la frágil modalidad de integración neoliberal, al menos como retórica hegemónica.

Otro sociólogo alemán, heredero de Frankfurt, y como esta escuela en su evolución reciente, de tendencia netamente conservadora, Wolfgang Streeck, ha advertido reiteradamente en los últimos años acerca de la posibilidad de una solución autoritaria a la crisis de lo que entiende como la extraña y contradictoria fórmula del capitalismo democrático.⁵⁷ En su interpretación de la crisis europea, que es coincidente con la de buena parte de la izquierda fiel a los principios históricos de la socialdemocracia, la «constitución neoliberal» de Europa ha ido dejando a los Estados sin recursos para la intervención económica, sustrayendo la soberanía popular de lo que llama el pueblo del Estado (*Staatsvolk*), en favor de los mercados o el «pueblo del mercado» (*Marktvolk*).⁵⁸ En los últimos treinta o cuarenta años, este Estado dicotómico, que sirve a dos «pueblos», solo ha podido mantener sus prerrogativas sociales y los servicios sociales a través del estímulo de la deuda tanto privada como pública. Pero al renunciar a comportarse como un Estado fiscal, que no grava de forma suficiente la rentabilidad financiera y a las clases pudientes, ha degenerado en un Estado deudor, con una autonomía cada vez menor frente a la presión de los mercados. Esto es lo que le ha empujado, desde la década de 1990, a convertirse a su vez en lo que llama un «Estado de consolidación». Sometido cada vez más al *Marktvolk*, el Estado de consolidación debe reducir sus gastos, contener la inflación para no deteriorar la posición de los acreedores y convertir el pago de la deuda en una prioridad constitucional.⁵⁹

Aun cuando, para Streeck, esta disyuntiva neoliberal se puede resumir como un problema de orientación ideológica de las élites políticas —lo que

han repetido reiteradamente que los proyectos de reindustrialización tenían que conservar lo mejor del Estado del bienestar europeo. Véase, de nuevo, el informe Draghi: *The future of European competitiveness...*

⁵⁵ Claus Offe, *Contradicciones del Estado de bienestar*, Madrid, Alianza Editorial, 1994 [1984].

⁵⁶ Por parafrasear la fórmula de Naomi Klein en *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Booket, 2012.

⁵⁷ Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo... y ¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ Lo que literalmente impuso la Troika europea durante los primeros años de la década de 2010 forzando una serie de cambios constitucionales, como el del artículo 135 de la Constitución Española en septiembre de 2011.

coincide con una versión no muy distinta de la vieja traición de la izquierda—, que viene además apoyada por la «irresponsabilidad» manifiesta de determinados sectores sociales a la hora de anteponer sus aspiraciones de emancipación y consumo a una política de salarios altos y de conservación del Estado del bienestar,⁶⁰ su descripción de la espiral de endeudamiento y ajustes se puede considerar adecuada. En el largo plazo, en efecto, el crecimiento de la deuda pública terminará o bien en una dramática devaluación de los bonos, o bien en una quiebra del Estado; o si se prefiere en una combinación más o menos bizarra de ambas. En esta alternativa está predeterminado el amplio conflicto distributivo que se viene desarrollando ya en estos países. Y lo que para Streeck puede llegar a constituir el golpe definitivo a la democracia occidental.⁶¹

A la hora de evaluar la capacidad de predicción de Streeck, se podría decir que el umbral crítico de la espiral de endeudamiento público o bien se ha consumido ya, o está muy cerca de consumirse. Así, la deuda pública de Estados Unidos en agosto de 2024 era de 35 billones de dólares, lo que suponía un 123,2 % con relación al PIB.⁶² La situación de sus socios no era mejor: Con datos de 2023, la deuda pública de Japón era de un 217 % con relación a su PIB, la de Reino Unido un 90 %, la de Francia un 110 %, la de Italia un 137 % y la de España un 107 %. Solo las todavía economías de exportación de los países más desarrollados de la OCDE como Alemania (con un 63 %) y Corea del Sur (con poco más del 25 %), escapaban a esta situación de sobreendeudamiento.⁶³ De nuevo la pregunta pertinente es ¿hasta cuándo será sostenible esta situación?

Y para responder a esta pregunta conviene considerar una vez más la contradicción fundamental del Estado intervencionista. Esta radica en sus pretensión monopolista, esto es, en la concepción del Estado como un sujeto con vocación omniabarcante. Ciertamente, ninguna otra sociedad en la historia reciente, y seguramente pasada, ha estado tan mediada por las instituciones de Estado. En la multitud de conflictos distributivos que se han presentado en el capitalismo histórico, el colapso del Estado y con este de la sociedad que administra, solo se evita cuando esta pretensión de ser el portador (y en cierto modo el productor) de lo universal, del «interés general», se sostiene de algún modo. En la lógica de la integración social, esta pretensión universalista solo resulta posible si el Estado sigue teniendo no solo la apariencia, sino también algo de realidad en tanto encarnación de ese «punto de vista sin punto de vista», sustraído a los enfrentamientos entre distintos intereses y

⁶⁰ Son conocidas las apreciaciones de Streeck acerca del feminismo y el movimiento juvenil de los años setenta en el ascenso del neoliberalismo, y de cómo sus aspiraciones de emancipación y de incorporación al mercado de trabajo (rebajando los niveles salariales) fueron en realidad funcionales al neoliberalismo. Se trata en realidad de una variante bastante corriente del argumento Polanyi. Véase Streeck, *Comprando tiempo...*

⁶¹ En este sentido, se puede leer el artículo de Pablo Carmona y Nuria Alabao, «El gobierno de la decadencia de Europa. Crisis, integración y nueva derecha radical», *Cuadernos de Estrategia*, núm. 2, 2024.

⁶² Véase el usdebtclock.org.

⁶³ OCDE, General government debt, % of GDP, 2023.

distintas perspectivas políticas. El problema aquí es que esta ficción del Estado tiene que dar cuenta de su contradicción fundamental, y que reside en lo que Bourdieu llamaba el «efecto Jano del Estado», esto es, que «hay personas que tienen el privilegio de lo universal, pero no se puede tener lo universal sin ser simultáneamente monopolizador de lo universal».⁶⁴

En condiciones de creciente presión sobre el gasto público y de creciente conflicto estratégico sobre las prioridades del mismo, este efecto de «desparticularización», que permite a los Estados hablar y actuar en nombre del «interés general», está en curso de volverse cada vez más difícil. De hecho, la crisis económica en ciernes terminará por convertirse en crisis política cuando el monopolio de lo universal por parte del Estado, o de los detentadores del mismo, aparezca como un simple fraude a ojos de una parte significativa de la población.

El Norte global: entre el rentismo financiero y una especialización productiva fallida

La crisis de 2008 ha mostrado de forma incontestable el desplazamiento del eje productivo de EEUU-Europa a la región de Asia-Pacífico. Desde entonces la pérdida de competitividad, incluso en las líneas de mayor intensidad tecnológica —como las energías renovables, el coche eléctrico y próximamente la industria del microchip y de la inteligencia artificial—⁶⁵ ha seguido la misma dirección. Cualquier lectura de la crisis en curso debe tomar esta dimensión global, que hace inseparables las estructuras de clase nacionales o regionales y la posición de los Estados en la división internacional del trabajo.

Frente a los eternos escépticos respecto a la «decadencia de Occidente», ya claramente desplazada del podio del dinamismo capitalista, de la innovación y la hegemonía tecnológica, se pueden considerar simplemente algunos indicadores. Seguramente el más obvio es el incremento de la productividad: en los últimos treinta años, este ha sido algo más del doble en China que en EEUU, si bien en ambos países se detecta una caída constante.⁶⁶ De igual modo, son muchas las voces que en la última década alertan de los rápidos avances del gigante asiático en cualquiera de los índices de innovación que se quiera

⁶⁴ P. Bourdieu, *Sobre el Estado...*, p. 141; o en otra cita: «La génesis del Estado es la génesis de un lugar de gestión de lo universal y, al mismo tiempo, de un monopolio de lo universal, y de un conjunto de agentes que participan de hecho de esta cosa que, por definición, es universal». *Ibidem*, p. 145.

⁶⁵ Uno de los elementos de la guerra comercial entre China y EEUU entre 2021 y 2024 ha estado específicamente concentrado en torno al desarrollo de microchips o microprocesadores de alta capacidad por parte de las empresas chinas, dado que este es de los pocos sectores en el que las empresas estadounidenses y europeas tienen todavía una clara ventaja tecnológica. No parece, sin embargo, nada claro que esta ventaja se vaya a sostener en el futuro.

⁶⁶ Véase este informe del Banco Mundial, «China's Productivity Slowdown and Future Growth Potential», *Policy Research Working Paper*, núm. 9298, junio de 2020.

considerar: inversión en I+D, número de investigadores, de graduados en ciencias, universidades, artículos científicos, patentes internacionales, etc.⁶⁷ Así por ejemplo, con datos de 2020, China licenciaba cada año a 4,7 millones de graduados en las materias llamadas STEM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas, por su acrónimo en inglés), el 40 % de los titulados en todo el mundo, y aproximadamente cuatro veces más que EEUU y tres más que la Unión Europea.⁶⁸ Para aquellos todavía desconfiados acerca de la calidad de estos titulados, los ránquines educativos elaborados por instituciones occidentales ya han empezado a reconocer la calidad de las universidades y centros de estudios técnicos asiáticos, y concretamente chinos.⁶⁹ De igual modo, los últimos informes PISA, en los que China no participa como tal, dan invariablemente las cuatro primeras posiciones en matemáticas y ciencias a Singapur, Macao, Taiwan y Hong-Kong —cuatro enclaves de población china, incluido Singapur—, siendo la quinta y la sexta Japón y Corea del Sur respectivamente.⁷⁰

En el esquema de la nueva división del trabajo de la economía global, Asia-Pacífico ha ido absorbiendo progresivamente cada vez más líneas productivas, incluidas las de mayor intensidad tecnológica, al mismo tiempo que sobre todo Estados Unidos se iba desprendiendo de las mismas o perdiendo su liderazgo. En términos muy generales, se ha establecido una suerte de especialización paradójica, característica del final de los grandes ciclos de acumulación, en los que el polo hegemónico se desplaza sobre las finanzas y el consumo —lo que le permite seguir drenando las rentas del resto del mundo—, al tiempo que el nuevo polo productivo consolida su posición en la producción.⁷¹

Las respectivas contabilidades nacionales de EEUU y China reflejan esta transición. Como se puede ver en los gráficos 1 y 2, la inversión, que queda reflejada en la formación bruta de capital, se situó en 2022 en un 43 % del PIB en la economía china, y lleva desde 1991 por encima del 35 %.⁷² Por contraste la inversión en EEUU estaba en el 22 % del PIB, y lleva oscilando alrededor del 20 % desde 1990, con subidas en las fases alcistas y bajadas en los colapsos

⁶⁷ Entre los muchos informes y estudios en este sentido se puede leer este de Ian Klein y Robert D. Atkinson, titulado de forma significativa, «Wake Up, America: China Is Overtaking the United States in Innovation Capacity», Hamilton Center of Industrial Strategy, enero de 2023.

⁶⁸ Véase los datos del Center for Security and Emerging Technology de la Georgetown University, a partir de las estadísticas de la OCDE y los anuarios estadísticos de China, India, Rusia y otros países.

⁶⁹ Por ejemplo el OS World University Rankings de ingeniería y tecnología para 2022 reconocía 14 universidades asiáticas en este campo entre las 50 primeras del mundo, de las que cinco eran chinas y el resto se repartían entre Singapur, Corea, Japón y Malasia.

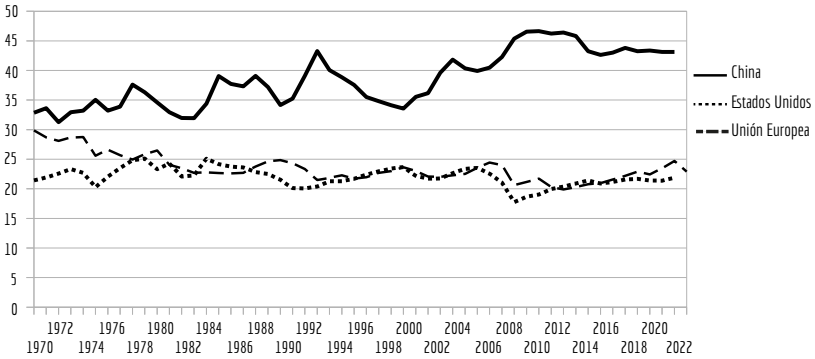
⁷⁰ Informe PISA, 2022, presentado en diciembre de 2023.

⁷¹ Esta es la tesis general de Wallerstein en *El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1979-2020; y sobre todo de G. Arrighi en *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999.

⁷² Banco Mundial, Gross capital formation (% of GDP), series 1960-2023.

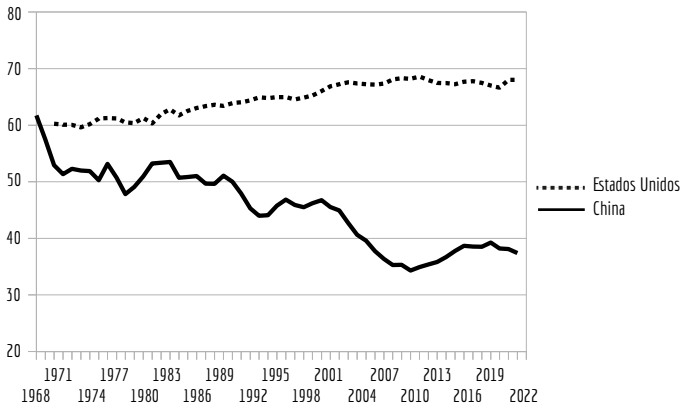
financieros (2001, 2008). En términos generales, la formación bruta de capital en EEUU registra una caída de 20 puntos desde la década de 1950.⁷³ En cambio, el consumo de los hogares muestra una evolución inversa: este es de solo un 37 % del PIB para el caso chino, con una media aún más baja para la década de 2010 (alrededor del 25 %), mientras que en EEUU el consumo de los hogares es del 68 % para ese mismo año y ha experimentado un crecimiento continuo desde algo menos del 50 % en la década de 1960.⁷⁴

Gráfico 1. Formación bruta de capital en China, EEUU y UE 1990-2022



Fuente: Banco Mundial, Gross capital formation (% GDP).

Gráfico 2. Consumo de los hogares e instituciones sin ánimo de lucro en China y EEUU 1968-2022

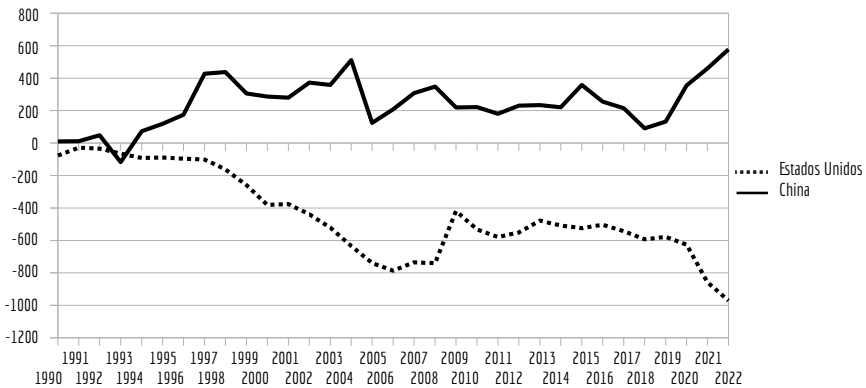


Fuente: Banco Mundial, Households and NPISHs final consumption expenditure (% GDP).

⁷³ *Ibidem*.

⁷⁴ Banco Mundial, Households and NIPSHs final consumption expenditure (% of GDP), series 1960-2023.

Gráfico 3. Balanza de bienes y servicios de China y EEUU a dólares corrientes (miles de millones), 1990-2023



Fuente: Banco Mundial, External balance on goods and services (current US \$).

Por decirlo muy resumidamente: China invierte y produce, Estados Unidos consume. En la relación entre las dos grandes economías del planeta EEUU-China, que conjuntamente suponen algo más del 40 % del PIB mundial, EEUU se ha constituido como el principal polo de consumo y China en el principal polo productivo. En los últimos veinte años, esta relación se puede describir en la evolución de sus respectivas balanzas de bienes y servicios (gráfico 3). De este modo, la balanza comercial china ha presentado, desde principios de la década de 2000, un superávit creciente, que alcanzó su máximo en 2022 con 577 mil millones de dólares. Al mismo tiempo, EEUU ha presentado un déficit creciente, que se remonta mucho más atrás en el tiempo y que comienza ya a finales de la década de 1970, si bien este se acelera en la década de 1990. En 2022, el déficit comercial estadounidense alcanzó su máximo con casi un billón de dólares (971 mil millones).⁷⁵

Sumariamente, la cuestión a determinar es cómo se financia el consumo norteamericano. Si después de cuarenta años de déficit crecientes, Estados Unidos no es una economía en quiebra es porque sencillamente los dólares que salen de su economía vuelven a entrar por medio de la compra exterior de bonos del Tesoro y de las inversiones en sus casi siempre agitados mercados bursátiles. El monopolio sobre la acuñación de la principal moneda de cambio internacional (el señoreaje del dólar) ha permitido a la población de este país vivir durante ya medio siglo «por encima de sus posibilidades». ⁷⁶ En esto consiste también buena parte del juego

⁷⁵ Banco Mundial, External balance on goods and services (current US \$), serie 1960-2022.

⁷⁶ Este patrón de circulación monetaria en términos geopolíticos ha venido siendo estudiado desde principios de la década de 1990 y es un tópico recurrente. Véase, por ejem-

político que hay detrás de la financiarización y que comenzó precisamente cuando Nixon ordenó desenganchar al dólar del patrón oro en 1973 y prosiguió cuando el presidente de la Reserva Federal, Paul Volcker, subió los tipos de interés de forma abrupta en 1979, con el fin de volcar sobre su economía la enorme cantidad de dólares flotantes generados por la subida de los precios del petróleo a los países productores.⁷⁷

El mecanismo de repatriación de estos dólares ha sido el mismo a lo largo de estas décadas. Los países con superávit comercial reinvierten sus ganancias en la economía norteamericana, normalmente en bonos del tesoro con tipos de interés bajos o muy bajos. Esto es lo que hicieron las principales economías europeas y Japón a finales del siglo pasado, y lo que ha hecho China desde principios de la década de 2000. Hasta tal punto esta circulación genera una suerte de integración funcional entre EEUU y China, en tanto principales polos de la economía global, que desde hace ya un par de décadas se viene hablando de Chimérica,⁷⁸ en clara alusión a las quimeras mitológicas hechas de hibridaciones imposibles entre animales y especies distintas.

La cuestión, de nuevo, vuelve a ser ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuando China y otras economías asiáticas seguirán financiando los déficit, y por ende el consumo estadounidense? La inversión de una parte del excedente de capital chino en otros países asiáticos, pero también latinoamericanos y africanos, en el marco del desarrollo de sus proyectos de infraestructuras asociados a la iniciativa de la Franja y de la Ruta,⁷⁹ así como la promoción del consumo interno, parecen dirigir la economía asiática hacia formas de desarrollo comercial y endógeno menos dependientes de Estados Unidos. Este es el trasfondo de las guerras comerciales y arancelarias que inició la administración Trump y que Biden ha continuado desde 2020.

En este contexto, la ralentización del crecimiento chino en los últimos años ha proporcionado un cierto alivio resignado a los halcones estadounidenses. Pero este puede ser menos un motivo de consuelo, que el síntoma alarmante de un destino inevitable. Detrás de la ralentización china, puede estar, como se ha anunciado ya, el agotamiento de la solución espacial a la crisis industrial de largo recorrido que se abrió en la década de 1970: un anuncio siniestro de la falta de recambio y alternativas al impulso del crecimiento

plo, Peter Gowan, *La apuesta por la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*, Madrid, Akal, 2000; o Y. Varoufakis, *El minotauro global...*

⁷⁷ En 1973 el precio del petróleo subió de menos de 3 dólares a 11; en 1979-1980 de menos de 13 a 35. En términos porcentuales son las mayores subidas y las más abruptas de la historia, mayores que las de las fluctuaciones de 2008 y 2021-2022 que llegaron a colocar los precios del barril por encima de los 100 dólares.

⁷⁸ El término empezó a circular en la prensa estadounidense poco antes de la crisis de 2008 para describir precisamente esta relación simbiótica que está en la base del crecimiento económico reciente.

⁷⁹ Este proyecto se anunció en 2014 como un vasto programa de desarrollo de infraestructuras (puertos, aeropuertos, carreteras, trenes, etc.) para conectar Asia, África y Europa en una única red comercial. La alusión a la histórica Ruta de la Seda era explícita.

mundial, y que puede arrastrar antes a los países centrales que a las emergentes economías asiáticas que todavía presentan cierta inercia.⁸⁰

Por supuesto, la pérdida de competitividad de EEUU-Europa(-Japón) y el desplazamiento histórico de la producción hacia Asia-Pacífico ha tenido un impacto determinante en la estructura de clases de ambas regiones. Según las líneas de especialización económica que se determinaron en el proceso de globalización productiva y de las cadenas de suministro, los llamados países occidentales mantuvieron las sedes de las grandes empresas, los aparatos de decisión de sus grandes multinacionales, los servicios avanzados a la producción (consultorías, investigación, publicidad, etc.), los principales mercados financieros, etc. Situada en el centro de la cadena de suministros, pudieron alardear durante décadas de que sus grandes ciudades (Londres, Nueva York, Tokio) eran el centro del mundo, y que lo que allí ocurría era básicamente lo que ocurría en el mundo.⁸¹

Como se ha visto, asociado a la nueva división del trabajo que se fue confirmando a partir de las décadas de 1970 y 1980, el modelo económico de los países occidentales pareció orientarse hacia la llamada «economía del conocimiento». La lógica schumpeteriana impuesta al Estado, volcado sobre el desarrollo de ventajas comparativas en términos de innovación y desarrollo, parecía la misma para las sociedades y cada uno de sus individuos. Apoyados en la teoría, más bien bizarra, del capital humano, gobiernos y gestores de los países occidentales animaron a sus respectivas poblaciones a invertir en formación, con el fin de aprovechar las oportunidades del nuevo capitalismo innovador. Para las clases medias de estos países, la promesa del capitalismo de innovación estaba en formar parte de una promisoriosa sociedad de ingenieros, investigadores, programadores informáticos, abogados, profesores, arquitectos, médicos, publicistas y creativos de todo tipo. De acuerdo con este cuento, a medio camino entre la Cenicienta y el ciberpunk, los grafitis característicos del «trabajador del conocimiento» —creatividad, inversión en formación continua, autoemprendizaje, etc.— embadurnaron las paredes del ya atascado ascensor social. De acuerdo con la promesa del desarrollo de la economía del conocimiento, la sociedad de *brain workers*, altamente cualificados y presumiblemente bien remunerados, estaría solo a la vuelta de la esquina.

Incluso desde la crítica marxiana, que sobrevivió con cierta vitalidad a la contrarrevolución política y cultural de los años ochenta, se elaboró una prometedora teoría acerca del capitalismo cognitivo y sus contradicciones.⁸²

⁸⁰ Véase, de nuevo, sobre estos malos augurios el informe del FMI, *Perspectivas de la economía mundial...* Y sobre la pérdida de dinamismo de la economía china: Banco Mundial, «China's Productivity Slowdown and Future Growth Potential...».

⁸¹ Véanse al respecto los trabajos de Saskia Sassen durante ese periodo, especialmente, *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio*, Buenos Aires, Eudeba, 2000; y también *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*, Buenos Aires, Katz, 2010.

⁸² El terreno de elaboración de esta teoría fue el exilio político italiano en Francia, y concretamente en París, alrededor de la revista *Futur Antérieur*. En torno a esta se desarrollaron algunas investigaciones tempranas en empresas fundamentalmente volcadas al

Según la misma, el desarrollo del capitalismo cognitivo implicaba una contradicción, en cierto modo, insuperable, que se podía cifrar en la creciente imposibilidad de medida del valor-trabajo, o más concretamente en el estallido de la teoría del valor, en tanto este último no había perdido toda referencia al trabajo entendido como un gasto de energía discreto. La incorporación de las potencias del intelecto humano y la ciencia al proceso de acumulación, pero también del conjunto de relaciones sociales (también culturales, afectivas, etc.) al proceso de valorización capitalista resultaba cualquier cosa menos sencilla. La extensión de las leyes de propiedad intelectual a Internet y al desarrollo de la tecnología digital —donde la libre circulación del conocimiento es la premisa de los subsiguientes desarrollos—, así como los problemas de realización de las nuevas empresas basadas en el conocimiento —que requerían de los monopolios de patentes y de propiedad intelectual, al tiempo que se basaban en la apropiación de una gran cantidad de producción científica libre y por lo general producida con fuertes apoyos públicos—, parecían ser manifestaciones, especialmente agudas, de esta contradicción. En última instancia, el problema tenía que ver con las dificultades del nuevo capitalismo cognitivo de apropiarse del conocimiento como fuente de valor.

De acuerdo con la misma perspectiva, en la medida en que el prerrequisito de este estadio del capitalismo es la subsunción total de la vida y las potencias intelectuales en el capital, lo que el capital trata de valorizar es el mismo conjunto de las relaciones sociales; y por tanto, el salario —en realidad el trabajo asalariado— se convierte en algo completamente arbitrario. Se establecían así las premisas para las nuevas formas del conflicto político, que se comprendían fundamentalmente en la creciente autonomía potencial de los propios trabajadores cognitivos y de sus relaciones en red frente al mando arbitrario del capital.⁸³ Se establecía así como hipótesis el desarrollo de una producción social libre de las relaciones capitalistas, que tendría sus primeros ensayos en la producción y gestión de lo que se llamaron los nuevos comunes (o comunales) del conocimiento,⁸⁴ que se desarrollaron en Internet, y gracias a proyectos colaborativos como wikipedia o el software libre.⁸⁵

diseño y al desarrollo de la parte inmaterial (cultural) de la mercancía. Promovido por Toni Negri, Maurizio Lazzarato, Yann Moulier Boutang, Antonella Corsani, Franco Berardi Bifo y muchos otros, esta reflexión se desarrolló ya en la década de 2000 alrededor de la revista *Multitudes*. Para una aproximación a esta hipótesis se pueden leer en castellano algunas aportaciones de estos autores reunidas en *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2004.

⁸³ Véase *ibidem*, o si se prefiere el conocido libro no global escrito por Hard y Negri, *Imperio*, Barcelona, Debate, 2000.

⁸⁴ La importancia de estas realidades no se debe menospreciar en el sentido de que inspiró incluso la renovación de la disciplina académica, hasta el punto de convertir a una de sus estudiosas, Elinor Ostrom, en premio Nobel de Economía. Véase E. Ostrom *et al.*, *Los bienes comunes del conocimiento*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016.

⁸⁵ Para conocer el desarrollo y los principios de esta iniciativa que están detrás del sistema operativo Linux y el desarrollo posterior, de sistemas de software tan conocidos

A la luz de la crisis de 2008, y en realidad de la tendencia secular de la caída de los índices de crecimiento, productividad y competitividad del capitalismo de los países del centro de la economía mundo, lo cierto es que tanto los propagandistas de la economía del conocimiento, como sus críticos del capitalismo cognitivo, pecaron de un exceso de optimismo. De un lado, y como se ha visto, el capitalismo occidental de las últimas décadas no ha destacado por su innovación, sino por todo lo contrario. A pesar de las continuas promesas asociadas al desarrollo de Internet, la innovación tecnológica digital o recientemente la inteligencia artificial, la productividad lleva ya varias décadas cayendo de forma imparable. El persistente exceso de capacidad industrial, agravado por la entrada en escena de cada vez más competidores y la ausencia de nuevos motores económicos capaces de reemplazar a la industria han marcado sucesivas décadas de escasa inversión por falta de oportunidades rentables en las nuevas y viejas industrias, y que por esa misma razón se han desplazado de forma sistemática hacia los mercados financieros.⁸⁶ Incluso, de acuerdo con la evolución de un indicador como el gasto en investigación y desarrollo (I+D) con relación al PIB, que se suele asociar con el desarrollo de las economías del conocimiento, se observa un largo periodo de estancamiento que se extiende desde el pinchazo de la burbuja de las punto.com hasta mediados de la década de 2010.⁸⁷ En términos generales, la economía neoliberal ha sido antes una economía rentista, que innovadora.

De otra parte, el desarrollo de las potencias emancipadoras de los trabajadores del conocimiento quedó tempranamente truncado por una serie de factores que en última instancia tienen su raíz en el desarrollo fraudulento y subordinado de la economía del conocimiento al proceso de financiarización. En la medida en que aquella ha funcionado, ante todo, sobre la base de expectativas —las más de las veces no cumplidas o solo parcialmente cumplidas—, su desarrollo se ha producido en el lugar en que el capitalismo procede a la hora de negociar con este tipo de promesas: los mercados financieros. De hecho, la economía del conocimiento es indisociable del juego bursátil, que especula menos con los beneficios reales que con los beneficios esperados. Las promesas tecnológicas han venido así casi siempre asociadas a fuertes

como Android o Apache, se puede leer Richard Stallman, *Software libre para una sociedad libre*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2004.

⁸⁶ Esta es la tesis de R. Brenner (*La economía de la turbulencia global...*) recientemente reelaborada por Aaron Benanav en *La automatización y el futuro del trabajo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021.

⁸⁷ Este se mantuvo en un umbral de alrededor del 2 %, salvo ligeras variaciones entre 2002 y 2015. A partir de ese año experimenta sin embargo un importante repunte que lleva el porcentaje al 2,62 % del PIB mundial, empujado principalmente por el mayor gasto de China y EEUU, y en menor medida de otras economías exportadoras (Alemania, Corea, Japón). Esto tiene que ver seguramente con la agudización de la competencia comercial y también con el rearme militar en un mundo cada vez más incierto. Véase Banco Mundial, Research and development expenditure (% of GDP), series 1996-2021.

movimientos en las transacciones y el valor de las acciones, bonos y futuros. Este juego ha convertido literalmente a algunos de los ejecutivos de los nuevos monopolios digitales, así como a algunos programadores e ingenieros emprendedores, en las principales fortunas del planeta.⁸⁸ Pero en ningún caso se ha producido la esperada progresión acelerada de la productividad y el crecimiento económico, y con ella del empleo en estas industrias, al menos a la escala prevista.

En todo caso, para la mayoría de los trabajadores del conocimiento el desarrollo de la tecnología digital no solo ha sido una oportunidad para obtener un buen empleo, sino también una profesión difícil y en continua tensión, marcada por la rápida obsolescencia de sus competencias y saberes. Los procesos de taylorización, o la automatización de la mayor parte de los trabajos de «cuello blanco» (como todos los relativos a contabilidad, administración, archivo, etc.) han sido una constante en las últimas décadas, y estos se han ido extendiendo también a buena parte de las llamadas profesiones liberales. De hecho, el desarrollo de la inteligencia artificial ha prometido automatizar, y en esto si parece estar cumpliendo sus promesas, una parte creciente del trabajo intelectual de alto nivel (en los campos de la ingeniería, la abogacía, la medicina, el diseño, las industrias culturales, etc.), que lógicamente se volverá superfluo, o se tendrá que adaptar a una posición de supervisión o de entrenamiento de la máquina. En este sentido, la tecnología digital no se separa ni un centímetro de la secuencia de los procesos de incorporación tecnológica a lo largo de toda la historia del capitalismo histórico.⁸⁹

Considerada en sus grandes líneas de tendencia, el desarrollo de la economía del conocimiento en el último medio siglo no ha logrado desplazar a la economía industrial como principal fuente de empleo a nivel global, al igual que tampoco ha dado solución a los problemas estructurales del débil crecimiento de la producción y la productividad a largo plazo. De hecho, en las economías centrales el efecto combinado de la desindustrialización parcial y del débil desarrollo de la nueva economía de la innovación se ha traducido en un creciente problema de acceso al empleo, que es todavía también el principal medio de obtención de un ingreso. Así sucede en la crisis industrial de los años setenta que marca el fin de la era de pleno empleo, y se mantiene en lo que a partir de las décadas siguientes se conoce con el sobrenombre de la precariedad.

⁸⁸ La alianza entre trabajo cognitivo y finanzas fue para Franco Berardi Bifo, uno de los tempranos promotores de la hipótesis del capitalismo cognitivo, la razón del fracaso de las aspiraciones libertarias y emancipadoras contenidas en el primer desarrollo de Internet y la digitalización. Véase al respecto, sus reflexiones en su reciente antología de textos, *Medio siglo contra el trabajo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023.

⁸⁹ Esta es la tesis, por ejemplo, de Corsino Vela, que explica el creciente malestar en un gran número de los llamados sectores creativos (guionistas, diseñadores, e incluso actores), los cuales se ven cada vez más amenazados por el desarrollo de la inteligencia artificial generativa. Véase Corsino Vela, *En la línea de quiebra. Crisis estructural y mentalidad en la sociedad de consumidores*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

En efecto, el débil crecimiento capitalista ha obligado a un creciente número de personas a flotar en el mercado laboral, entre empleos mal pagados, cada vez menos regulados (a tiempo parcial, temporal, en prácticas, en negro) y, por lo general, en el sector servicios. Merece la pena recalcar que, aunque el proceso de obsolescencia de competencias y profesiones es una constante en el capitalismo histórico, y aunque este proceso afecta por primera vez, desde hace unas pocas décadas, a las competencias de las clases medias profesionales, es la debilidad de la inversión y la innovación, y no su velocidad (en forma de rápida automatización), lo que genera y amplía de forma continua la precariedad laboral.⁹⁰

El escaso desarrollo de la economía del conocimiento, en tanto posible motor de renovación del capitalismo, ha dejado así a los antiguos países centrales en una posición cada vez más compleja. Aunque todavía constituyen el ápice directivo de la economía global, la relativa atonía de los nuevos sectores tecnológicos que prometían superar la vieja constitución industrial de sus economías y el creciente desafío de Asia-Pacífico, también en este mismo terreno, parecen dibujar un horizonte comprometido. La escasez relativa de buenos empleos muestra, en este sentido, la crisis secular de la clase media, en tanto estrato o grupo que se reproduce a través únicamente de sus competencias —su paradójico «capital humano»— con valor de mercado.

En definitiva, en los términos de la constitución de una sociedad neoliberal relativamente integrada, la producción de estabilidad social está asociada a los dos grandes factores hoy en crisis. En primer lugar, están los problemas ya apuntados de esas economías para sostenerse como un «polo de consumo» financiado por el «polo productivo» del planeta. La crisis a medio plazo de esta «posición rentista» —que lo es en términos literales a través de los procesos de financiarización— parece condenada por la caída del liderazgo «occidental» en cada una de las líneas de producción más prometedoras. Es difícil pensar que el flujo de dólares que recae en la economía estadounidense para sufragar sus abultados déficit comerciales se vaya a mantener de forma permanente. De otra parte, también parece comprometida la capacidad de sus Estados para actuar como máquinas de integración social, de producción de hegemonía sobre el conjunto de la población, por medio del empleo público y de lo que permanece del Estado social, pero también de un abundante chorreo de dinero —vía contrataciones, subvenciones, paternariados público-privados, etc.— que sostienen una parte no pequeña de la actividad económica, y con ello del empleo profesional y relativamente bien pagado. De forma inevitable, la intervención estatal estabilizadora seguirá requiriendo de niveles crecientes de gasto y, a falta de crecimiento, de endeudamiento. Como se ha tratado de exponer, estas son las condiciones óptimas para el desarrollo de una serie de conflictos distributivos a gran escala que pueden desbordar con mucho las crisis de las economías públicas que provocó la reacción neoliberal.

⁹⁰ Véase Aaron Benanav, *La automatización y el futuro del trabajo...*

La crisis de la reproducción social

Una suerte de dimisión reproductiva afecta a todos los países ricos, pero también a casi todos los países de ingresos medios —según la terminología del Banco Mundial—. Las familias están dejando de tener hijos a un ritmo sorprendente. Y este es seguramente el síntoma de lo que podríamos llamar una crisis general de la reproducción social en las sociedades capitalistas.

Los datos son abrumadores. Tras casi tres siglos de progresión geométrica de las poblaciones, todo apunta a que la población del mundo va a estabilizarse alrededor de los 9.000-10.000 millones de personas, solo unos pocos cientos de millones más que en 2025, sin que quepa excluir que haya una población al final del siglo inferior a los 8.200 millones de 2025.⁹¹ La dimisión reproductiva resulta especialmente fuerte en los países del centro de la economía-mundo, sobre todo entre los *new comers*, en los que la caída de la natalidad parece haberse convertido en la principal amenaza a medio plazo a su posición como polo hegemónico alternativo. Por ejemplo, en Japón, la que fuera hasta hace poco la segunda economía del mundo, el índice de fecundidad —el número de hijos por mujer— ha caído en la década de 2020 a 1,2, y lleva desde 1973 por debajo de la tasa de reemplazo, situada convencionalmente en 2,1 hijos por mujer.⁹² Por su parte, Corea del Sur, la economía más innovadora del continente, inició esta caída por debajo de la tasa de reemplazo más tarde —el índice de fecundidad cayó por debajo de la tasa de reemplazo natural en 1983—;⁹³ en 2023, sin embargo, el número de hijos por mujer había descendido a tan solo 0,72. De forma similar, Singapur la gran ciudad global del Sureste Asiático presentaba un índice de 1,04 en 2022.⁹⁴ Y China, la economía continental destinada a dominar la economía mundial en el siglo XXI, tenía en ese año un índice de 1,18 hijos por mujer. Todos estos países han traspasado ya su cresta demográfica y presentan un decrecimiento neto de sus poblaciones, que Japón inició en 2011, Corea del Sur en 2020 y China en 2022.⁹⁵

⁹¹ El instrumento más empleado para la proyección de población son las proyecciones que anualmente produce la división de población del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la ONU, en *World Population Prospects*, 2024. Según la entrega de 2024, la población mundial alcanzaría un umbral situado entre los 9.000 y los casi 11.000 millones de personas. No obstante otra proyección más pesimista como la publicada en *The Lancet* en 2020 optaba por un escenario en el que en 2100 la población no alcanzaría los 9 mil millones, tras alcanzar su máximo hacia 2064, pero que en el escenario más pesimista podría ser de poco más de 6 mil millones. Véase «Fertility, mortality, migration, and population scenarios for 195 countries and territories from 2017 to 2100: a forecasting analysis for the Global Burden of Disease Study», vol. 396, núm. 10.258, octubre de 2020.

⁹² Banco Mundial, Fertility rate, series 1960-2022.

⁹³ *Ibidem*.

⁹⁴ *Ibidem*.

⁹⁵ *Ibidem*.

En definitiva, las economías de mayor crecimiento en los últimos cincuenta años han entrado en el ocaso demográfico. Progresivamente envejecidas, parece difícil que puedan seguir cumpliendo con su papel como polo de innovación y crecimiento en el medio plazo. De hecho, Japón, caso pionero en la región, vive desde hace ya tres décadas congelado en una zona de crecimiento cercano a cero, con fuertes niveles de endeudamiento público, pero conservando todavía lo esencial de sus sistemas de protección e integración social. El decrecimiento, relativamente dulce de Japón, puede llevar su población a poco más de 100 millones en 2050, sobre los casi 128 que alcanzó en 2010 y a la mitad de esa cifra en 2100.⁹⁶ El país del Sol naciente parece marcar el camino para el conjunto de la región. Aun cuando todo apunta a que el siglo XXI se escribirá con ideogramas chinos, por la colosal dimensión de su demografía y su economía, especialmente para el caso de los países más pequeños (Corea, Japón, Taiwan), la dimisión reproductiva condenará seguramente a sus economías a apagarse lentamente, tras haber brillado con la luz más intensa en el firmamento del capitalismo histórico.⁹⁷

La situación no es mucho mejor en la región noratlántica. Las tasas de fecundidad de la Unión Europea y Estados Unidos son algo mayores, alrededor de 1,5 y cerca de 1,7 hijos por mujer respectivamente.⁹⁸ No obstante, las proyecciones de población son más halagüeñas para estos países. De hecho, a diferencia de las economías ricas de Extremo Oriente, el crecimiento demográfico de estos países parece mucho más sólido, y en las distintas previsiones parece que este va continuar en lo que queda de siglo.⁹⁹ De hecho, entre 1990 y 2022, Estados Unidos ha pasado de tener una población de 250 millones a más de 333, mientras que los principales países de Europa occidental (Reino Unido, Francia, Alemania, Italia y España) muestran también saldos positivos.¹⁰⁰ Con índices de fecundidad que en algunos casos son similares a los asiáticos (especialmente en Europa del Este y del Sur) e incluso con algunos países que han iniciado tempranamente su declive demográfico —todos ellos en Europa oriental desde la transición al capitalismo liberal: Polonia desde 1998, Hungría desde 1993 o Rumanía desde 1989—,¹⁰¹ la diferencia

⁹⁶ Véanse las proyecciones de población de la ONU para Japón, *World Population Prospects*, 2024.

⁹⁷ Para el caso de Corea se puede leer el último informe de la OCDE sobre ese país que sitúa el rápido decrecimiento de la población del país como su principal reto económico. OCDE, *Economic Surveys. Korea*, 2024.

⁹⁸ Véase de nuevo Banco Mundial, *Fertility rate, series 1960-2022, 1960-2023*.

⁹⁹ Las proyecciones de la ONU para 2100 de la población de Estados Unidos, Canadá, Australia, Reino Unido o Francia ofrecen crecimientos relativos respecto a 2024, y en ocasiones respecto a la población prevista en 2050, si bien prevén una acusada caída de la población tanto de Alemania, como de Europa del Sur y del Este. ONU, *World Population Prospects*, 2024.

¹⁰⁰ Alemania pasa de 79,8 a 83,4 millones entre 1990 y 2023; Reino Unido de 57,4 a 67,3; Francia de 58,3 a 68,4; Italia de 56,7 a 59 y España de 38,8 a 48,6. *Ibidem*.

¹⁰¹ *Ibidem*.

del bloque occidental del centro de la economía mundo respecto del oriental es que se trata de países de inmigración.

En una secuencia histórica que para Estados Unidos —así como para los países de colonización británica: Canadá, Australia, Nueva Zelanda— se extiende desde su fundación, y para los países europeos, desde la descolonización de sus respectivos imperios y la importación de mano de obra de los mismos para proseguir con la expansión de su industria fordista, los países occidentales son, en efecto, países de inmigración. Y esto los distingue claramente de las economías industriales y de exportación de Asia-Pacífico. En estos últimos, la inmigración reciente ha sido escasa. Desde el comienzo de la «diáspora china» en el siglo XIII sobre el sureste del continente (Indonesia, Malasia, Tailandia, etc.),¹⁰² no ha habido entre los países de Asia-Pacífico transferencias relevantes de población.¹⁰³ La diferencia no puede ser mayor con lo ocurrido en Estados Unidos y Europa occidental donde los extranjeros residentes suelen rondar entre el 8-15 % de la población total¹⁰⁴ y donde alrededor del 20-25 % es extranjero, nacionalizado o un ciudadano nacional hijo de inmigrantes extranjeros. La inmigración parece así haber permitido a Europa y Estados Unidos escapar del envejecimiento y decrecimiento demográfico.

Dos tendencias contrapuestas —la caída de la natalidad y el recurso a la migración exterior— definen, por tanto, el marco demográfico de ese proceso complejo que podemos entender como la «crisis de la reproducción social» de las antiguas sociedades del centro de la economía mundial. Como vamos a tratar de ver, ambas tendencias están relacionadas y determinan tanto la estructura social de estos países, como su explosivo potencial político.

La primera cuestión a determinar es, por tanto, ¿por qué las mujeres no tienen hijos? O de forma más precisa ¿por qué la familia de dos salarios, organizada según la forma de la adquisición y acumulación patrimonial y formalmente adaptada a los principios meritocráticos fracasa en su «función reproductiva»? ¿Qué hay en la «familia neoliberal», y en ese régimen de regulación social basado en la financiarización de las economías domésticas, que reverbera en la dimisión reproductiva? En tanto desde la formación de las sociedades con Estado, la familia es el nodo moral, en el que las sociedades tratan de asegurar su reproducción; en tanto alrededor de la familia se juegan ideas como las de identidad, nación y cultura, a veces sancionadas con los más

¹⁰² En estos países la comunidad china, que todavía persiste como tal, forma una parte no pequeña de sus respectivos países. Así se calcula que hay más de 9 millones de chinos en Tailandia, casi 7 en Malasia, 3 en Indonesia, etc., además de constituir la mayoría de la población de Singapur. Obviamente existen importantes comunidades chinas también en EEUU y Europa.

¹⁰³ Aun cuando, ciertamente, existe un importante contingente de población coreana en Japón, china en Corea, etc., ninguno de estos países tiene una política de atracción de población de por ejemplo el sur del continente (India, Pakistán, Bangladés), por no decir de los países africanos.

¹⁰⁴ Véase OCDE, Foreign population, Total, % of population, último dato 2019.

sagrados principios de la religión, la caída de la natalidad tiene en todas las sociedades una connotación dramática. Se trata, para algunos, de la principal amenaza a esas instancias metafísicas (nación, cultura, raza) que alimentan las almas más frágiles. Y por eso, desde sectores conservadores (también de izquierda), la caída de la natalidad está asociada a los grandes males de este mundo, que indistintamente pueden aparecer bajo la forma de un capitalismo depredador con atributos variables (financiero, globalista); de una crisis moral de los valores fundamentales, que lleva explícita o implícitamente una acusación al feminismo y al movimiento LGTBIQ+ por anteponer sus «intereses» a los de la necesidad de reproducción; de un consumismo y hedonismo desenfrenados, que extinguen el espíritu de sacrificio parental, o incluso de ese instinto casi telúrico y animal que llamamos maternidad, etc.¹⁰⁵

Las traducciones y permutaciones ideológicas de la caída de la natalidad son como se ve infinitas. Lo que sin embargo les suele ser común es que rara vez analizan los procesos estructurales que determinan la caída de la natalidad, en parte porque las razones son bastante más prosaicas y menos poéticamente trágicas que las que proyecta la imaginación conservadora. De hecho, la dimisión reproductiva parece tener una fuerte independencia respecto de la cultura, incluida la latencia de movimientos de tipo feminista o antifamiliarista. La caída de natalidad es compartida por sociedades con matrices culturales distintas y que van desde el patriarcalismo protestante y católico hasta el confuciano-comunista, budista o islámico. A partir de unos determinados umbrales de ingreso, urbanización, nivel educativo, etc., el número de hijos por mujer cae por lo general en picado. Se trata, por eso, de un proceso que debemos situar en el marco de las formas de regulación social del capitalismo reciente.

Las políticas neoliberales trataron de descargar una parte creciente de los costes del Estado social sobre las familias. En esta dirección, los sistemas públicos de pensiones, educación y salud experimentaron procesos de privatización parcial o total, según los países, al tiempo que estos ámbitos se abrían a la «lógica de mercado». La remercantilización de estas dimensiones clave de la reproducción, que antes recibían una mayor atención pública, se acompañó de la refamiliarización de la provisión de algunos de estos mismos bienes y servicios.¹⁰⁶ La vuelta a la familia ha operado así como una prescripción económica oculta, una suerte de presupuesto implícito del «modelo neoliberal» ante la retirada parcial del Estado. El carácter casi forzado de la misma corresponde, tal y como muestran multitud de estudios, con la enorme sobrerrepresentación de los hogares monoparentales entre los segmentos en

¹⁰⁵ Para un resumen de estos argumentos por parte de las viejas y nuevas derechas véase Nuria Alabao, *Las guerras de género. La política sexual de las derechas radicales*, Pamplona, Katakarak, 2024.

¹⁰⁶ Lo que constituye el corazón de la alianza estructural entre neoliberalismo y neoconservadurismo que ha estudiado en detalle Melinda Cooper, *Los valores de la familia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

riesgo de pobreza, entre los trabajadores pobres o entre la población directamente excluida.

A medida que este proceso de mercantilización-refamiliarización se iba consolidando, los costes de reproducción de las familias se iban acrecentando de igual manera. Así, por ejemplo, algunos estudios de la OCDE han observado que los costes para los hogares de las familias de clase media se han incrementado en casi todos los capítulos, engullendo progresivamente sus presupuestos destinados a vivienda, salud (con el recurso a los seguros privados) y educación.¹⁰⁷ Este incremento de los «costes de reproducción» ha repercutido en un incremento correlativo de los costes de crianza. El gasto para criar un hijo se ha incrementado notablemente, hasta el punto de exigir ingresos cada vez mayores. Sin duda, esto es una causa mayor de la caída de la natalidad, y de que esta no tenga ningún viso de incrementarse en las sociedades actuales.¹⁰⁸

Estos costes se deben cifrar además en un amplio rango, y no solo en las transferencias monetarias que las familias deben acometer para abordar los pagos sobre un creciente número de bienes parcialmente mercantilizados. En un sentido elemental, estos costes implican el mantenimiento de la estrategia familiar de dos ingresos durante la mayor parte de la vida laboral de los progenitores de los niños. La crítica feminista ha mostrado, en este sentido, cómo la persistencia de los viejos patrones patriarcales, que siguen considerando el trabajo reproductivo y de crianza, una función específica de las mujeres, implica necesariamente un fuerte desgaste físico y emocional de las mismas. La doble jornada, en el trabajo asalariado y en el hogar,¹⁰⁹ redundando en el sobretrabajo femenino, lo que necesariamente también implica una mayor precaución a la hora de abordar las decisiones reproductivas.

En el marco de la familia de dos ingresos, la creciente mercantilización de los bienes y servicios de reproducción, añadida a la persistencia de una división del trabajo desigual, se muestra además como una de las mayores contradicciones del modelo de integración neoliberal. Según las orientaciones políticas esta contradicción puede recibir distintos nombres —crisis de la familia para los conservadores, crisis de los cuidados para las feministas—,¹¹⁰ en cualquier

¹⁰⁷ La OCDE y otros organismos suelen considerar clase media a aquellos hogares que están en la horquilla de ingresos entre el 75 % y el 200 % del ingreso medio. Para mayor detalle sobre este incremento de costes: OCDE, *Under Pressure: The Squeezed Middle Class*, 1 de mayo de 2019.

¹⁰⁸ Para una visión general de la caída de la fertilidad y el incremento de los costes de reproducción, véase ibídem y OCDE, *Society at a Glance 2024. A Spotlight on Fertility Trends*, 2024.

¹⁰⁹ Véanse los trabajos de A. R. Hochschild, contruidos casi siempre con técnicas antropológicas, como *La doble jornada. Familias trabajadoras y la revolución en el hogar*, Madrid, Capitán Swing, 2021 [1989, 2012].

¹¹⁰ El concepto «crisis de los cuidados» fue popularizado en los años dosmil, en el marco del auge de la mercantilización de servicios y bienes de reproducción por las políticas neoliberales. La perspectiva considera los cuidados como un elemento determinante de

caso, lo que parece claro es que esta no tiene ninguna solución política clara. La propuesta de los conservadores de derecha e izquierda de volver a un modelo de salario familiar, con el previsible retorno de las mujeres al hogar y con ello del incremento de la natalidad, aparece claramente impedida por la caída histórica de los salarios en países cada vez menos competitivos o con economías basadas fundamentalmente en los servicios. Una política conservadora y refamiliarizante, como la que se ha probado en algunos países de Europa del Este, requeriría la aceptación social de un modelo de salario familiar insuficiente, al tiempo que la provisión pública de una parte importante de los servicios de reproducción (en forma de subvención o salario por hijo, ayudas a las familias numerosas, créditos a las familias con hijos, etc.).¹¹¹

Por otro lado, en Europa occidental y para las regiones más dinámicas de EEUU, la consolidación de la igualdad jurídica y social entre hombres y mujeres, y el derecho de las mismas a la vida pública parece incontestable, al tiempo que imposible la vuelta a un modelo de salario familiar con una madre cuidadora, dedicada exclusivamente a la reproducción. En estos países, las medidas paliativas también exigen inevitablemente más gasto social: la reorientación del Estado de bienestar y el ensayo de una estrategia a gran escala de «desfamiliarización» de la reproducción.¹¹² En esta dirección, los gobiernos europeos han tratado de fomentar tanto el trabajo de las mujeres, al igual que su posición profesional —lo que incrementa la producción y la base fiscal del Estado—, combinados con la intervención pública dirigida a cubrir las necesidades de los dependientes (ancianos, enfermos y niños). El objetivo implícito de estas políticas es que un mayor poder de negociación de las mujeres en la familia, al tiempo que una menor intensidad de las tareas de cuidado, ahora cubiertas por el Estado, además de una mejora parcial de los derechos laborales, incluida la reducción de jornada, estimulen una mayor participación masculina en el trabajo de hogar. En todo caso, ni la solución «conservadora», ni la «progresista», han conseguido incrementar significativamente los índices de fertilidad en los países donde más se ha aplicado.¹¹³ Y

la reproducción de cualquier sociedad, y que en las sociedades patriarcales es realizado casi exclusivamente por las mujeres. La crisis de los cuidados de las sociedades capitalistas vendría así determinada por un doble movimiento: el ingreso de las mujeres en el mercado de trabajo y la doble ausencia de la participación masculina y los servicios del Estado en la proporción de los cuidados requeridos para la reproducción de la sociedad.

¹¹¹ Este principio constituye políticas activas de promoción familiar en buena parte de los países de Europa del Este que han tenido largos gobiernos conservadores como Hungría o Polonia, o también la Rusia de Putin. En estos países se han probado políticas de estímulo de la natalidad y de reforzamiento de la familia, e incluso del retorno de las mujeres al hogar, por medio de los métodos señalados.

¹¹² En un sentido parecido al que Gosta Esping-Andersen explora en *Los tres grandes retos del Estado del Bienestar*, Barcelona, Ariel, 2011.

¹¹³ Así por ejemplo la Federación Rusa bajó a una tasa de fertilidad de 1,2 hijos por mujer en 1999 y llegó luego a alcanzar los 1,8 en 2015, para luego bajar a 1,4 en 2022. La curva es parecida al conjunto de los países bálticos y de Europa central, que incluye a

en ambos casos, han repercutido estos incrementos insuficientes de la natalidad sobre el gasto público.

En cualquier caso, si el concepto «crisis de la reproducción» quiere tener algo de precisión, este no se puede reducir a un problema de natalidad, tampoco a las crecientes dificultades de los hogares, y concretamente de las mujeres, a la hora de sostener los aspectos más urgentes e inmediatos relativos a la crianza, la enfermedad y la vejez de sus familias. Ni el concepto conservador de la «crisis de la familia», ni el feminista «crisis de los cuidados», toman en consideración que la familia es ante todo una unidad económica que, bajo el marco de la regulación neoliberal, opera en realidad como una empresa financiera. En este sentido, la caída de la natalidad en EEUU-Europa no se debe entender, o al menos no solo, en el marco de las perspectivas más clásicas de la reproducción social, que tienden a considerar la familia únicamente en relación con la reproducción de la fuerza de trabajo.¹¹⁴ Esta familia típicamente asociada a las clases medias occidentales no es, ni por asomo, la familia proletaria despojada de todo, salvo su fuerza de trabajo. Lo que reproduce la familia de clase media occidental, que en última instancia constituye la mayoría social —real o imaginaria— de estos países, es ante todo una «posición». En tanto unidad reproductiva, debemos fijarnos por tanto en las cantidades discretas de los distintos tipo de capital (patrimonial, cultural, social) que la familia intenta ampliar o al menos conservar.¹¹⁵

En las sociedades neoliberales, la propiedad y el patrimonio tienen un papel central en la producción de seguridad, estatus y también de ingresos. Sobre la propiedad de bienes inmuebles, en primer lugar, pero también de toda clase de activos financieros (acciones, bonos, participaciones en fondos), la familia de clase media occidental ha operado en el largo ciclo financiero, que se abre desde la crisis de 1970, como uno de los principales actores económicos de la globalización, dirigiendo su ahorro hacia los mercados inmobiliarios y financieros, según convenía, y contratando, según las circunstancias, un mayor o menor volumen de crédito (hipotecario, de inversión, al consumo, etc.). En este sentido, la familia de clase media se debe considerar según su comportamiento económico, que la define como una pequeña empresa de inversión dedicada a dar seguridad y bienestar a sus miembros, en el marco de la creciente retirada

los países escandinavos (solución progresiva) y a Alemania. Aquí el mínimo se alcanza en 2003, con un 1,3 hijos por mujer, para subir a 1,7 a mediados de la década de 2010 y volver a bajar a 1,5 en 2022. Véase Banco Mundial, *Fertility rate*, series 1960-2022.

¹¹⁴ Véase al respecto la hibridación entre marxismo y feminismo que se ha producido recientemente en los medios críticos de habla inglesa de inspiración socialista, que siguen pensando la reproducción social en estos términos. Léanse al respecto, por ejemplo, las contribuciones reunidas en Tithi Bhattacharya, *Social Reproduction Theory, Remapping Class, Recentring Oppression*, Londres, Pluto Press, 2017.

¹¹⁵ Todo ello tomando la teoría social de Bourdieu, que aquí nos puede servir de una forma más o menos heterodoxa. Al respecto se puede leer Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, Madrid, Siglo XXI, 2008 [1980]; y Pierre Bourdieu, *Las estrategias de reproducción social*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

del Estado social y de incremento de la incertidumbre económica. De hecho, la redescubierta centralidad de la propiedad y la herencia hace de la clase media «neoliberal» una formación social mucho más próxima a la pequeña burguesía tradicional, obsesionada por conservar y transmitir su patrimonio, que a la típica familia de clase trabajadora del fordismo.

Del mismo modo, este tipo de familia ha reaccionado como un espejo a las políticas públicas orientadas por las teorías del «capital humano». Ha tomado efectivamente la adquisición de títulos escolares como una inversión, que se realiza primariamente en el marco familiar, ya tratando de conservar y actualizar el valor de mercado de las credenciales educativas de los hijos, ya tratando de reflejar un capital cultural más elevado o ampliando el capital social que produce haber estudiado en determinadas instituciones. De hecho, uno de los factores de crisis de la empresa familiar neoliberal, y por ende de sus estrategias de reproducción social, reside en la devaluación relativamente rápida de los títulos escolares en un mercado de trabajo caracterizado por la escasez de buenos empleos y el creciente subempleo de aquellos trabajadores con titulaciones superiores. Los ránkines de estudios universitarios, la búsqueda de distinción por medio de la adquisición de determinados títulos y la matrícula en ciertas universidades, el *branding* universitario o el desarrollo del mercado de los préstamos universitarios, que tan característicamente responden a las políticas neoliberales de formación de los nuevos mercados educativos, tienen que ver con este movimiento de devaluación de los títulos superiores, y el consecuente esfuerzo de las familias por seleccionar aquellas inversiones educativas de mayor rentabilidad.

Para esta pequeña burguesía mundial es también extremadamente importante determinar lo que los antropólogos llamarían sus «estrategias matrimoniales». ¹¹⁶ El principio rector parece tener aquí ciertas reglas implícitas de homogamia social. Los hijos de estas clases medias se emparejan y tienen hijos primariamente con miembros de su misma clase o estatus social: niveles educativos comparables, patrimonios y salarios similares, estilos de vida parecidos, barrios o zonas residenciales asimilables, etc. En algunos países, el nivel educativo organiza hasta tal punto la formación de las familias, que prácticamente las parejas con una diferencia relativa en niveles de educación resultan una anomalía estadística. ¹¹⁷

Y sin embargo, de forma en extremo paradójica, la empresa familiar neoliberal no es natalista. Militan en esta renuncia a la reproducción el aumento de los costes imputados a la mercantilización de la educación, la

¹¹⁶ Véase, por ejemplo, Pierre Bourdieu, *Las estrategias de reproducción social...*

¹¹⁷ Algunos estudios destacan, por ejemplo, cómo los niveles de homogamia por renta y nivel socioeducativo se redujeron en los años de mayor movilidad social del fordismo, para estabilizarse y volver a crecer después, especialmente en los entornos metropolitanos. Véase, por ejemplo, Milan Bouchet-Valat, «Educational and socioeconomic homogamy, development level and metropolisation across 149 European regions», *European Journal of Social Science*, núm. 56-1, 2018.

vivienda y las pensiones, así como la necesidad de perfeccionar en los hijos una estrategia de reproducción social exitosa en una era sin progreso. La importancia recobrada de la herencia como mecanismo de seguridad y transmisión de la posición de clase, la necesidad de prolongar los estudios para adquirir los títulos adecuados, la creciente precariedad del mercado de trabajo redundan, además, en la emancipación tardía de los hijos y su dependencia, a veces de por vida, respecto de los padres.¹¹⁸ En esta dirección, las estrategias familiares que reducen drásticamente el número de hijos —cada vez más por norma un solo hijo— responden también a una lógica evidente de concentración del capital familiar. Como en los viejos sistemas de mayorazgo, la baja natalidad es un mecanismo de concentración patrimonial, que hace recaer en unos pocos descendientes varias líneas de herencia. Por eso, también, estas sociedades son extremadamente vulnerables a los pánicos morales —pederastia, *bulling*, crisis moral de la escuela— que tienen que ver con la infancia de unos niños que son cada vez menos y que requieren de más inversión económica y seguramente afectiva.

Por último es necesario considerar que todos estos elementos de crisis de la reproducción de las clases medias occidentales han requerido de la formación de un ejército laboral a su servicio. La forma de vida de estas clases medias globales es altamente intensiva en mano de obra. Históricamente esta fuerza de trabajo de servicio se ha reclutado entre los sectores más modestos de la población, en muchos casos, chicas y chicos de origen rural, que eran acogidos por las familias pudientes, en ocasiones como un acto de «caridad» con los hijos «sobrantes» de los campesinos y jornaleros pobres. En fechas mucho más recientes, el desarrollo de los servicios personales se ha nutrido de los recuentos de la clase obrera, ahora empujadas a los empleos precarizados del sector terciario, pero también de forma creciente de los y las inmigrantes que han cubierto con creces el deficitario saldo natural demográfico de estos países.

En una parte no pequeña, este contingente laboral se ha formado en el crecimiento del empleo derivado de la mercantilización de la reproducción social, entendido en un sentido amplio: niñeras, cuidadoras de ancianos, limpiadoras, cocineras, peluqueras y esteticistas, trabajadores de servicios de educación personalizados (tutores, profesores particulares), etc. En este marco, la «crisis de los cuidados» entre las clases medias se ha «solucionado» por medio de su exportación social y geográfica hacia los sectores más proletarizados. Cuando es el caso de las mujeres migrantes del Sur global, esta «solución a los cuidados» ha dado forma a una nueva figura social, feminizada, proletarizada y en muchas ocasiones racializada, que se hace cargo de la reproducción de este decadente patriciado global a costa de la suya propia.¹¹⁹

¹¹⁸ Véase, por ejemplo, Eurostat, *Estimated average age of young people leaving the parental household by sex*, con una edad de emancipación media de 26 años y medio, subiendo.

¹¹⁹ Véase al respecto el trabajo pionero de Barbara Ehrenreich y Arlie Russell Hochschild, *Global Woman, Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*, Londres, Granta, 2002.

Pero esta expansión de los servicios de reproducción de las clases medias desborda con mucho las simples tareas de «cuidado». La reproducción social de las clases medias del Norte rico comprende, de hecho, prácticamente todas las formas de consumo que implican algún componente de servicio personal y que de una u otra forma están asociadas a la reproducción de estatus. Así: los empleos en la restauración, progresivamente diversificados en una multitud de rangos de gasto, estilo y experiencia; el pequeño comercio, que comprende desde la venta personalizada en unos almacenes hasta las complejas cadenas logísticas que hay detrás; el desarrollo del turismo, que da lugar a economías regionales especializadas únicamente en la satisfacción y el consumo de estos sectores; el trabajo sexual, en su amplia gama de modalidades; los trabajos asociados a la estética, la moda y el bienestar personal; y un largo etcétera de sectores y servicios que forman al menos la mayor parte de las economías terciarizadas de los países ricos.

En todos estos empleos, que implican una relación de «servicio» a aquellos con capacidad de consumo, se observa, como se verá, un cambio radical de la naturaleza del trabajo. Este es, como se ha señalado, más parecido a lo que hacían los «domésticos»¹²⁰ de la *belle époque* del capitalismo que al proletariado industrial. El patrón de división del trabajo en la economía global entre un «polo productivo» y un «polo de consumo» conllevaba de forma implícita la subvención al consumo de estas clases medias euroestadounidenses, como elemento necesario para la realización del capital incorporado a las mercancías producidas cada vez más en la región Asia-Pacífico. A pesar de la tendencia a la precarización y la desregulación de los mercados laborales de los países occidentales, para las clases medias, que han dispuesto de un desahogo relativo gracias a su posición patrimonial y financiera, así como al monopolio de ciertas profesiones y credenciales educativas, esta división del trabajo a escala global no ha sido un mal negocio, y explica en buena medida el éxito de la «integración neoliberal». Tal y como hemos venido repitiendo, la gran pregunta está en hasta cuándo los activos y los patrimonios de este segmento social podrán contrarrestar la degradación de sus respectivas posiciones laborales y seguir sosteniendo sus elevados niveles de consumo, incluidos los bienes y servicios que requiere su propia reproducción.

Integrados versus excluidos

El gran éxito de la sociedad neoliberal fue la supresión de las clases, al menos en la percepción inmediata de la realidad social. Efectivamente, al nivel de la fenomenología concreta, o si se prefiere de la sociología vulgar de estas sociedades, las desigualdades dejaron de aparecer como el producto de una serie de determinaciones estructurales propias de las relaciones capitalistas,

¹²⁰ Ya en medio del ascenso del neoliberalismo, André Gorz consideraba que estas relaciones no pueden pensarse de una forma independiente de lo que sería una nueva forma de dependencia servil, en tanto sus tareas suponen una relación de servicio. Véase André Gorz, *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, Sistema, 1995.

para presentarse como el resultado de una carrera individual, en la que contaban fundamentalmente los méritos de cada cual. Naturalmente, los apologetas de esta «sociedad sin clases» se veían obligados a reconocer la persistencia de restos de formaciones sociales previas, a modo de huellas de las pasadas injusticias. Estos «residuos» operaban todavía como «privilegios», lo que permitía a unos individuos ponerse por encima de otros, al tiempo que condenaban a esos otros a soportar mayores dificultades en la realización de su potencial económico y social. Estas formas de bloqueo social, que en la sociología weberiana se suelen llamar «cierre social»,¹²¹ tenían que ver con la persistencia del racismo y del machismo, o con determinaciones heredadas como el lugar de nacimiento, las posibilidades educativas o la misma herencia.¹²² En cualquier caso, la promesa de la sociedad neoliberal apuntaba a un horizonte en el que este sistema de ventajas y desventajas sociales se volviera irrelevante. Al fin y al cabo no eran sino elementos zombificados, previos a la sociedad de mercado: una sociedad abierta y unas políticas adecuadas podían suprimir o al menos limarlos en buen grado. La apelación al individuo y a sus capacidades debían ser una fuente de inspiración suficiente a la hora de despertar en los individuos su espíritu de superación personal, su energía interna dirigida a sortear estos condicionamientos negativos. El neoliberalismo fue seguramente la última metanarrativa del progreso social.

En el marco de este neoliberalismo triunfante y todavía progresivo, que se servía de su pareja ideológica, el socioliberalismo —a su vez resultado de la degradación de la vieja socialdemocracia en los Partidos Socialistas que gobernaron Europa a partir de la década de 1980—, el presupuesto de la igualdad de oportunidades era tanto el criterio ideológico de orientación de las políticas públicas, como el fetiche propagandístico que servía de bandera a esta nueva generación política. Hasta tal punto tuvo éxito esta operación ideológica que, tras el fracaso parcial de los movimientos alternativos y el colapso definitivo de la vieja izquierda revolucionaria, la crítica, así como la política de los movimientos sociales, se fundaron también en este presupuesto dirigido a garantizar el principio de la «igualdad de oportunidades». La política, también la extraparlamentaria, gravitó desde entonces alrededor del reconocimiento y de los derechos, especialmente de los sectores sometidos a estas formas de «cierre social», incompatibles con el ideal meritocrático del

¹²¹ Véase al respecto de este concepto los análisis de Frank Parkin desde la década de 1970: *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*, Madrid, Espasa Calpe, 1984; *Orden político y desigualdad de clase*, Madrid, Debate, 1978.

¹²² La explicación de las nuevas formas de estratificación social en términos de esta multitud de posiciones, que incluyen el género, la raza, la nacionalidad, el lugar de residencia, la edad, la orientación sexual, etc., pero siempre desde un punto de vista individualizado y solitario, ha sido desde la década de 1990 un tópico de la sociología. Estos condicionantes, siempre individualizados, han sustituido a la «clase» como forma de la acción y la explicación política. Para un desarrollo de este argumento se pueden leer los trabajos de François Dubet, especialmente *El nuevo régimen de desigualdades. Qué hacer cuando la injusticia social se sufre como un problema individual*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023.

neoliberalismo triunfante. La política de clase, que podría haber entendido a estos colectivos en función de su posición estructural en el marco demasiado complejo de las relaciones capitalistas, ocupó en esas décadas un papel más o menos marginal.

De forma consecuente con este marco ideológico, la verdadera divisoria de la sociedad neoliberal no se producía dentro de sí misma —en tanto esta aparecía como una sociedad básicamente justa o solo susceptible de ajustarse mejor a su forma meritocrática—, sino entre lo que quedaba dentro de la sociedad y lo que esencialmente parecía haber sido desplazado más allá de la misma. Ese afuera estaba formado por los colectivos y los individuos no «integrados», o incluso no integrables. Valga decir que de los años del thatcherismo, proviene la recuperación de la metáfora de las dos naciones: la respetable, trabajadora, esforzada, y aquella otra que irracionalmente se enfrentaba a la sociedad abierta, ya fuera por la persistencia de los viejos fetichismos ideológicos de la izquierda, ya por una cultura semicriminal, característica de los sectores pobres y de algunas minorías.¹²³ De la gran época del neoliberalismo proviene también la distinción entre pobres meritorios, que lo son a pesar suya —«por las circunstancias»— y aquellos no meritorios, que lo son por su persistente rechazo al esfuerzo, al trabajo, a la ley, a la moral convencional que tanto gustaba a Hayek.¹²⁴

Merece contrastar esta imagen de la sociedad neoliberal, lo que Weber o Bourdieu llamarían su sociodicea,¹²⁵ con la evolución del marco de la economía política de las sociedades del Norte rico desde la década de 1980. Uno de los efectos de la crisis de la producción / reproducción de las sociedades neoliberales ha sido históricamente el incremento de la exclusión social, que coincide con la creciente dimisión de las aspiraciones universalistas del

¹²³ La función del «enemigo interior» en el marco de la narrativa neoliberal ha sido bien descrita por Pierre Dardot, Haud Guéguen, Christian Laval y Pierre Sauvêtre, *La opción por la guerra civil. Otra historia del neoliberalismo*, Traficantes de Sueños / Tinta Limón / LOM, 2024.

¹²⁴ Aunque opuesto formalmente a lo que llamaba conservadores, Hayek nunca escondió que el «orden social liberal», en tanto orden espontáneo, requería ante todo de un respeto a la moral común, de la que el derecho privado era su formalización expresa. La esencialización de este fundamento del derecho, que identificaba con los derechos del individuo, la propiedad y el mercado está en la raíz extremadamente conservadora de su pensamiento, aparte de la presunción de unos supuestos antropológicos cuya supuesta universalidad no se encuentra por ninguna parte. Véase Friederich A. Hayek, *Derecho, legislación y libertad. Una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política*, 3 vols. Madrid, Unión Editorial, 1978-1982; y *Principios de un orden social liberal*, Madrid, Unión Editorial, 2015.

¹²⁵ El concepto de sociodicea (inspirado en el de teodicea) se refiere a la explicación, y con ello la justificación, que la sociedad da sobre el mal y la desigualdad en su propio seno. En el marco neoliberal, nuestra sociodicea coincide, a grandes rasgos, con lo que propagandistas y políticos dicen acerca de la inevitabilidad y justicia de cierto grado de pobreza y de las desigualdades crecientes en los términos de una meritocracia efectiva.

Estado keynesiano. Si bien en las sociedades propietaristas la división social se trata de establecer menos entre clases que entre individuos que han logrado llevar una vida exitosa y aquellos que no, la exclusión aparece como un fenómeno también estructural de ese capitalismo en crisis.

La explicación de esta divisoria se sitúa paradójicamente en un terreno en el que la separación moderna entre producción / reproducción parece organizarse de otro modo. De hecho, la parte de la población que es expulsada de la producción, y a la vez es excluida de la sociedad, resulta luego tolerada (parcialmente integrada), únicamente en tanto ocupa una posición de servicio a aquellos que están todavía incluidos.

La temática de la «exclusión» surge, de hecho, acompañada con el proceso de descomposición de la cultura y las comunidades obreras; con los procesos de desindustrialización, la extensión de la subcontratación y el crecimiento de las nuevas formas de empleo precario. Como se ha visto, junto al crecimiento del desempleo en la década de 1970, aparece y crece un segmento de trabajo «subempleado», que circula entre ocupaciones temporales según las fluctuaciones de la demanda. El sociólogo francés Robert Castel trató de describir esta mutación del trabajo, marcada por la dualización de los mercados de trabajo, con grafía decimonónica.¹²⁶ Representó la crisis en ciernes bajo el impactante rótulo de la «nueva cuestión social», señalando implícitamente que esta sería la forma del problema del siglo entrante. Para Castel, lo que había de «nuevo» en la «cuestión social» se podía resumir en el crecimiento de los que llamaba «supernumerarios». Con el propósito de definirlos, escribe: los supernumerarios «flotan en una especie de tierra de nadie, no integrados y sin duda inintegrables, por lo menos en el sentido en que Durkheim habla de integración como pertenencia a una sociedad formada por un todo de elementos interdependientes».¹²⁷ Los supernumerarios eran, en definitiva, la excrecencia de las sociedades en proceso de desindustrialización.

La condición de estos «supernumerarios», de esta «humanidad excedente»,¹²⁸ que empezaba a no ser únicamente una característica de las superpobladas megalópolis del Sur global,¹²⁹ resulta del todo insoluble en la narrativa neoliberal. El cuento de la meritocracia, como la mayor parte de los cuentos ideológicos, se debe entender como una narrativa legitimante: en

¹²⁶ Robert Castel, *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Barcelona, Paidós, 1997.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 416.

¹²⁸ Por retomar los términos de Benavet, cuando señalaba la incapacidad del capitalismo industrial de seguir generando buenos empleos, asociados a unos incrementos de productividad que no se producen: *La automatización...*, pp. 116 y ss.

¹²⁹ La OCDE calculaba que uno de cada tres trabajadores de sus países miembro estaba empleado con una forma de contrato no estándar en 2013 (trabajadores a tiempo parcial, temporales, autónomos), y este tipo de contratación no había hecho sino ampliarse en las últimas décadas. Estos contratos eran además una de las causas principales de la creciente desigualdad de ingresos. OCDE, *In It Together. Why Less Inequality Benefits All*, 2015, pp. 138 y ss.

este caso de una economía que ya no genera empleo de calidad o si se prefiere en una sociedad en la que el «trabajo» sigue siendo la única forma de acceso a la ciudadanía y a la respetabilidad social, pero en la que ese «trabajo» se ha vuelto escaso.

En uno de los pasajes más conocido de *El capital*, Marx abordó el problema de la población excedente en la sociedad industrial de su tiempo. Para ello acuñó el concepto de «ejército industrial de reserva». Con este se refería a la necesidad por parte del capital de disponer de una superpoblación laboral relativa, que a la postre comprendía a toda la clase obrera.¹³⁰ La misma existencia de esta superpoblación permitía garantizar unas condiciones de negociación óptimas a la hora de restringir los salarios al nivel más bajo posible: el exceso de fuerza de trabajo permitía a los empresarios tirar hacia abajo los salarios. Propenso a las metáforas provenientes de la física, Marx reconocía a la vez tres estados de esta superpoblación laboral. La superpoblación estaba en estado fluctuante cuando la demanda de la fuerza de trabajo variaba en la industria, ora empleando trabajadores en gran cantidad, ora despidiéndoles en las fases de recesión y crisis. La superpoblación podía ser también constante, cuando existía una amplia reserva de mano de obra en el medio rural disponible para su incorporación a la picadora industrial, cuando así lo exigieran las necesidades de los empresarios. Y por último, la superpoblación podía estar «estancada», cuando la población obrera permanecía de una forma más o menos permanente sin empleo o con una ocupación irregular. Significativamente, esta superpoblación «estancada» incluía a los estratos más bajos de la clase obrera, aquellos situados en el límite de la sociedad, los trabajadores extremadamente pobres, los incapaces (inválidos, ancianos), y por último aquellos a los que daba el nombre de lumpenproletariado: buscavidas, ladrones, pequeños criminales, prostitutas, todas las almas corrompidas del pauperismo social. Para Marx, la superpoblación, el «ejército industrial de reserva», era una condición constante del desarrollo capitalista. El incremento de la productividad hacía que el crecimiento relativo de la población fuera más rápido que la «necesidad de valorización del capital».¹³¹

La situación actual parecería obligar a añadir un nuevo «estado» a la clasificación de Marx. Esta sería el de una «superpoblación absoluta», que comprendería a una parte creciente de las poblaciones del planeta, pero también de los países del Norte rico. La elección del adjetivo, por categórico y tajante que parezca, no resulta inadecuada.¹³² En la valorización del capital, la población, su fuerza de trabajo, se está volviendo cada vez más redundante. En la lógica del capital, el requerimiento de fuerza de trabajo, en tanto esa extraña mercancía capaz de crear valor, es cada vez menos necesario. Así lo hemos visto en los

¹³⁰ Karl Marx, *El capital*, libro I, tomo III, Madrid, Akal, 2007, pp. 106-116.

¹³¹ *Ibidem*.

¹³² Con términos parecidos se ha expresado Saïd Bouamama a la hora de actualizar estos pasajes de Marx. Véase *De las clases peligrosas al enemigo interior. Capitalismo, inmigración, racismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2025.

procesos de deslocalización industrial que dieron lugar al arreglo espacial de la globalización productiva, en la apuesta por la financiarización como mecanismo alternativo de obtención de beneficios, en el fiasco relativo de las economías del conocimiento, etc. La crisis del beneficio capitalista, que históricamente ha tenido en la producción de mercancía por medios industriales su motor y mecanismo de escalabilidad, el cual garantizó su progresión aritmética durante un tiempo —por medio de las continuas ganancias de productividad—, parece haber encontrado sus límites en la situación actual. Y con ellos, también, la necesidad de un incremento similar de los requerimientos de la fuerza de trabajo. En los términos de Marx, el incremento de la productividad se ha estancado, y el capital ya no requiere de más población para su «valorización». La superpoblación se vuelve así absoluta. La gestión de esta población redundante (para el capital) es ya la «cuestión social» de la crisis en ciernes. Y el problema es que esta superpoblación formada por «supernumerarios» guarda bastantes similitudes con ese límite entre sociedad y no sociedad, que en un extremo Marx identificaba con el lumpenproletariado.

En la década de 1990, consolidado el empuje transformador del neoliberalismo, otro sociólogo, André Gorz, trató de dar cuenta de este contradictorio final de la sociedad del trabajo sin reemplazo posible en los marcos capitalistas.¹³³ Testigo de la rápida automatización e informatización del último fordismo y también del rechazo al trabajo del obrero masa en el agitado ciclo de luchas fabriles que siguió a 1968, Gorz reconoció ese estado del capital en el que los incrementos de productividad habían desplazado definitivamente a una parte mayor de la población de la producción industrial inmediata. Y encontró en este movimiento, como muchos otros antes y después, la posibilidad del final del salariado, la liberación de una cantidad inmensa de tiempo disponible para el desarrollo de una actividad autónoma, susceptible de ser volcada en el desarrollo de cada cual y de la propia comunidad.¹³⁴ Sin embargo, la sociedad de su tiempo parecía haber elegido otro camino. Incapaz de superar el principio de que el trabajo es lo que funda la cohesión social y la ciudadanía, había dado lugar a una nueva división interna. De un lado, estaría lo que llamó la «élite del trabajo» formada por los profesionales y el remanente de trabajadores que todavía se dedicaban a la producción. De otro, una creciente masa de población, subempleada, precaria, cuya única empleabilidad estaba en acrecentar los ocios de la élite del trabajo, por medio de la prestación de su tiempo y de su misma persona. Este tipo de empleo para otros correspondía para Gorz con las «actividades de servidor». El «trabajo»

¹³³ Véase sobre todo André Gorz, *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Barcelona, Paidós, 1998; y *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido. Crítica de la razón económica*, Madrid, Sistema, 1995.

¹³⁴ Sobre la persistencia de esta utopía, que es corriente en determinadas lecturas del marxismo desde la Segunda Internacional, y en algunos pasajes de Marx, se puede leer el cuento tecnoutópico de Aaron Bastani, *Comunismo de lujo totalmente automatizado*, Madrid, Antipersona, 2021.

dirigido al placer de otro o a la reproducción y cuidado de otros era, en efecto, más característico del trabajo servil, que del trabajo del obrero del capitalismo industrial.¹³⁵ De hecho, este trabajo no genera —o apenas genera— valor en términos capitalistas. Como los domésticos que Marx ponía como ejemplo de trabajo improductivo, su actividad, aún dentro de grandes empresas de provisión de servicios, no se realiza dentro de la vieja lógica de la acumulación, que requiere de una dinámica incremental de la productividad y de la plusvalía relativa.¹³⁶

Esta escisión social entre una élite hiperactiva y una masa excluida corresponde a grandes rasgos con la evolución de las sociedades capitalistas del Norte rico. La división no es, sin duda, tan clara y nítida como proponía Gorz. La élite del trabajo profesional corresponde, efectivamente, con la *global class*, que marca el pulso social de las grandes ciudades euro-estadounidenses desde la década de 1980. Pero esta no solo está formada por ese segmento de alta cualificación en empleos de alto valor asociado a las economías del conocimiento. De hecho, está compuesta principalmente del ápice directivo de la economía global: ejecutivos, financieros y profesionales asociados. A su vez, la polarización que Gorz apuntaba se ha visto notablemente contrarrestada por las formas de integración neoliberal.

A pesar de la creciente desigualdad de las economías occidentales,¹³⁷ especialmente cuando se considera en términos de ingresos salariales y de patrimonios, estas sociedades siguen estando organizadas en torno a una clase media con pretensiones universalistas. Estas clases medias se han sostenido por múltiples medios que comprenden el conjunto de mecanismos todavía eficaces del *hacer sociedad* capitalista: la extensión relativa de la propiedad inmobiliaria como base del capitalismo popular característico de la financiarización previa a 2008 (promoción del crédito, acumulación patrimonial, herencia, etc.); la intervención continua del Estado en el sostenimiento de un amplio sector social integrado por medio del empleo público y la subvención de determinados sectores (desde la cultura a la agricultura, pasando por toda la economía de provisión de servicios públicos); la continua ampliación del acceso a la educación superior, que todavía sigue operando como una barrera social eficaz para la reserva de determinados empleos; la forma de familia, basada en los dos ingresos y en la acumulación patrimonial; la mercantilización completa de las formas de reproducción, provista cada vez más por el trabajo barato del segmento social semiexcluido, etc. Como se ha tratado de explicar estos «mecanismos» están en crisis debido a la posición crecientemente marginal del polo occidental y de los problemas de medio plazo de la economía capitalista.

¹³⁵ A. Gorz, *Metamorfosis del trabajo...*, pp. 15-20, 184-185, 200-201.

¹³⁶ Para un desarrollo de esta tesis se puede leer la trilogía de Corsino Vela, *La sociedad implosiva*, 2. ed., Madrid, Traficantes de Sueños, 2022; *Capitalismo terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018; y *En la línea de quiebra...*

¹³⁷ En el sentido que muestra Piketty y su grupo en sus trabajos, especialmente en *Capital e ideología*, Barcelona, Deusto, 2019.

En lo que no parece que Gorz —como tampoco Castel y tantos otros— se confundiera demasiado es en que estas sociedades han producido también un amplio segmento de población subempleada y empujada al trabajo de «servidor». Este proletariado de los servicios habita justo en el borde de la línea de integración de las sociedades neoliberales. Excedente para las necesidades de la producción y de la valorización ampliada del capital, es empleado en las actividades de reproducción de los sectores sociales integrados. En este sentido, constituye una nueva y vasta clase doméstica, que es el resultado de la externalización y mercantilización de los «cuidados», pero en general de todas las funciones de reproducción, también estatutaria, de las clases medias y de la burguesía global.

Este proletariado neo-doméstico se sitúa, por eso, en una situación paradójica. De una parte, forma el grueso de los «supernumerarios» de la sociedad del trabajo, y en este sentido está cada vez más excluido del régimen de derechos y ciudadanía asociado típicamente a las conquistas de la clase obrera histórica. De otra, resulta del todo imprescindible para mantener la «forma de vida occidental», aquella tan propia y característica de sus clases medias y que corresponde con el polo de consumo de la economía global. Por añadir más complejidad, el desarrollo de este proletariado de los servicios, tendencialmente excedentario y marginal en la acumulación de capital, es el elemento de mayor dinamismo demográfico de estas sociedades. Como se ha visto, la importación de esta mano de obra «de servicio» es la que en casi todos los aspectos sostiene la demografía y el estilo de vida consumista de EEUU-Europa. Y como luego se verá con más detalle, en el cuerpo de los migrantes que provienen del resto del mundo, estas sociedades incorporan una energía social que ya no son capaces de producir por sí mismas. Por eso, este nuevo proletariado es a la postre también el elemento clave en la principal contradicción política de estas sociedades.

A modo de conclusión. Líneas de desintegración de las sociedades del Norte global

Crisis, declive, incertidumbre... estas son las palabras que se repiten de principio a fin en el orden del día de las mesas de gobierno de las viejas naciones que desde los primeros días del capitalismo industrial han gobernado la economía mundial. Hoy su posición parece condenada a la decadencia, destino inevitable de todos los imperios. La caída, su caída, es también la de la estabilidad de estas sociedades. La pregunta que se ha repetido en este texto —¿hasta cuándo estos países lograrán contener la crisis subyacente?— no tiene una fácil respuesta. En el curso de esta crisis secular del capitalismo industrial, que comenzó en la década de 1970, casi todo depende de los tiempos y de los ritmos del declive, o si se prefiere del largo estancamiento en el que la mayor parte de estas economías entraron desde 2008.

Los elementos de crisis que se han discutido hasta ahora son seguramente los determinantes, aquellos que deberíamos considerar centrales,

pero no son los únicos. La pérdida de dinamismo frente al polo asiático de crecimiento, o la creciente falta de competitividad de la economía euro-estadounidense, que se ha ido extendiendo desde las industrias intensivas en mano de obra hasta aquellas de alta composición tecnológica, es el factor determinante de la «decadencia de Occidente», una decadencia en términos puramente capitalistas y sin paliativos, sin coberturas raciales o culturales.¹³⁸ Esta es más grave, si cabe, cuando se considera el fondo de ralentización o futuro estancamiento del conjunto de la economía mundial. A la contra de las esperanzas de un mundo multipolar comprometido con la paz mundial, la crisis de hegemonía de Estados Unidos, y de lo que parece su socio menor europeo, puede ser mucho más agónica y estar cargada de mayor dramatismo —en el que no cabría excluir cierta dimensión apocalíptica—, que lo que se podría prever de una sustitución de los hegemones mundiales a partir de lo que algunos concibieron, hace un tiempo, como una solución pacífica, progresiva y pluralista liderada por China.¹³⁹

Ante las crecientes dificultades de los principales actores de la economía mundo, el escenario previsible es justamente el de una creciente competencia por los recursos disponibles: guerras comerciales y conflictos bélicos abiertos. Las guerras en curso en 2024 (Ucrania, Palestina, Yemen, Sahel, etc.) parecen señalar el camino de una nueva carrera imperialista, en la que muchas veces EEUU y China juegan por medio de potencias interpuestas, como es el caso en la invasión rusa en Ucrania, u operan como jugadores últimos en la sustitución de las respectivas influencias geopolíticas (como sucede en los países del Sahel). Esta situación se parece demasiado a las situaciones de caos sistémico,¹⁴⁰ que marcaron los periodos de las grandes disputas hegemónicas como las guerras napoleónicas y del largo ciclo bélico de 1914-1945. Siempre que no alcance el umbral del holocausto nuclear, la guerra puede volver así a jugar un papel económico en la destrucción masiva de capital, en el estímulo del gasto público y de las innovaciones productivas, así como en el disciplinamiento de las poblaciones.¹⁴¹ Se trata de la principal variable ciega en la larga crisis abierta en las décadas pasadas.

De otra parte, la traducción en términos económicos, y específicamente capitalistas, de la dimensión ecológica —el calentamiento global, la

¹³⁸ Estas fueron las características del tópico de la «guerra entre razas» en el marco de la llamada revolución conservadora alemana y, en general, del pensamiento reaccionario europeo. Véase principalmente Spengler, *La decadencia de Occidente*, 2. vols., Barcelona, Austral, 2011.

¹³⁹ Este fue el escenario propuesto por Giovanni Arrighi, en un libro a la vez interesante y alucinado, en el que el autor recuperaba el entusiasmo de su militancia juvenil tercermundista en pro de la nueva hegemonía china. Véase *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid, Akal, 2007.

¹⁴⁰ Concepto acuñado por la escuela del análisis del sistema-mundo. Por citar de nuevo a Arrighi, *El largo siglo XX...*

¹⁴¹ En este sentido va el reciente análisis de Raúl Sánchez Cedillo, *Esta guerra no termina en Ucrania*, Pamplona, Katakarak, 2023.

destrucción acumulada del «capital natural», el fin de la «naturaleza barata», etc.— aparece también como otro factor determinante de la crisis. Pero esta debe ser calibrada de acuerdo con una sociedad en la que el capital y su reproducción ampliada siguen siendo el factor determinante en la regulación de la actividad económica y, por ende, del orden social.¹⁴² El impacto de la crisis «ecológica» es además completamente distinto en un país pobre, donde una parte de la población todavía vive de la agricultura y el autoconsumo, y que depende básicamente de la capacidad de adaptación de sus ecosistemas, que en las poblaciones metropolitanas de todo el planeta, en las que todos (absolutamente todos) los bienes son obtenidos en forma de mercancías por medio del intercambio monetario, y donde sus poblaciones tienen todavía la capacidad de hacer valer su moneda.

Lo que se puede dar por seguro es que la crisis social en los viejos países del centro de la economía mundial terminará por presentarse como una crisis de integración, esto es, como un desplazamiento de determinados colectivos sociales hacia los márgenes de la sociedad, como un endurecimiento de las líneas de exclusión; y en una específica dimensión política: como un conflicto acerca de quién y cómo se define la pertenencia a estas sociedades todavía ricas, con las consecuencias previsibles en lo que se refiere a la extensión de los derechos, la ciudadanía y la protección del Estado. De hecho, las líneas de tendencia de esta crisis de integración se pueden resumir en dos procesos que están altamente imbricados y que en parte se han tratado ya. Estas dos tendencias podrían recibir el nombre de: 1) proletarización, cuando se considera la caída de sectores hasta ahora plenamente integrados en la sociedad de clases medias neoliberal; y 2) reestratificación, entendida primariamente como la reordenación y refuerzo de las líneas que separan a los integrados y los excluidos, a aquellos que pertenecen de pleno derecho a la sociedad y aquellos que no. Ambas tendencias están inscritas en el curso de la evolución de estas sociedades en el último medio siglo. No son por lo tanto nuevas, pero parecen mostrar una aceleración relativa desde 2008.

1) Proletarización

Proletarización es un concepto ambiguo, como casi todos los que han sido empleados múltiples veces y con fines distintos. Aplicado a las clases medias occidentales quiere dar cuenta de su declive, de su crisis. Por primera vez, desde 1939, se describe una suerte de movilidad social descendente, que además afecta a los sectores sociales que hasta fecha reciente sirvieron para representar la imagen del futuro del mundo.

¹⁴² En esta necesidad de entender la crisis ecológica en términos de la crisis capitalista, que es realmente la única forma de poder intervenir en ella, ha jugado un papel esencial el desarrollo de la economía ecológica. Para una perspectiva integradora entre capitalismo y economía ecológica, en el marco de la escuela del análisis del sistema mundo, véase Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.

Piketty y su grupo han certificado esta caída relativa de las clases medias así como de los sectores «populares» de los países ricos desde la década de 1980. El crecimiento de la renta de los grupos comprendidos entre los percentiles 70 y 95 de la población mundial, que representa precisamente al grueso de las poblaciones de lo que antes se llamaba primer y segundo mundo, ha sido el menor de cualquier otro grupo de ingresos considerados.¹⁴³ Este ha sido mucho menor que el del 50 % más pobre, empujado por el crecimiento y la expansión de la economía monetaria de los países emergentes, y desde luego que el del 5 % y sobre todo el 1 por mil del grupo de los más ricos. Durante este mismo periodo de 1980 a 2020, y por considerar solo Estados Unidos y Europa —si bien en menor medida—, el decil más rico de estos países ha incrementado notablemente su participación en el conjunto de la renta y de los ingresos: hasta disponer cerca del 50 % de los ingresos en EEUU y del 35 % en Europa en 2020, 10 y 15 puntos más respecto de 1980.¹⁴⁴ Esta evolución se ha producido fundamentalmente a costa del 50 % de la población de menores ingresos, cuyos salarios han descrito un crecimiento paupérrimo en las últimas décadas, frente a la explosión de las rentas de capital y los salarios de los directivos asociados a la financiarización y las formas de gobierno neoliberal.

En definitiva, la erosión de las clases medias occidentales se está produciendo por abajo: por aquellos segmentos de menor ingreso y patrimonio, muchas veces con menos credenciales educativas, y también en términos generacionales, por los más jóvenes que han ingresado en mercados de trabajo cada vez más precarizados. Se trata así de un proceso que describe una curva inversa a la de los tiempos de las políticas welfaristas y keynesianas, que promovieron la integración de la clase obrera en la nación política, y a la postre en ese puré de situaciones diversas, pero relativamente integradas, que en las sociedades neoliberales se le suele dar el nombre de clase media.

En su mayor parte, la suerte de estos sectores antes integrados ha descansado en la capacidad del Estado para contener su caída, lo que dependía en última instancia en su capacidad de gasto, pero también en la capacidad de mantener, en una situación de salarios estancados, su nivel de consumo, que en última instancia aparece como el indicador principal de su pertenencia social. Respecto a la capacidad del Estado para frenar la caída, esta ha dependido tanto de su base fiscal como de sus crecientes niveles de endeudamiento. En este sentido se afirmaba que el Estado ha sido el principal factor a la hora de producir ese «efecto clase media» característico de las sociedades poskeynesianas.¹⁴⁵

Pero como se ha visto es improbable que los altos niveles de gasto público se puedan sostener sin dar curso a un conflicto distributivo de gran escala. De una forma obvia, esto es lo que enfrenta hoy a los Estados a tomar una posición casi siempre contradictoria ante disyuntivas como la expansión

¹⁴³ T. Piketty, *Capital e ideología...*, pp. 40 y ss.

¹⁴⁴ *Ibidem*, pp. 36 y ss, y pp. 785 y ss.

¹⁴⁵ Para un desarrollo de este argumento véase mi trabajo: Emmanuel Rodríguez, *El efecto clase media...*

o reducción del empleo público, que organiza en gran medida el destino de las nuevas generaciones de titulados universitarios; la protección o no de ciertos sectores económicos (como la agricultura o determinadas industrias), que determina la suerte de millones de empleos y pequeños negocios; las decisiones de política fiscal divididas entre gravar el patrimonio y las rentas altas, o los salarios y el consumo; la promoción o no de determinados sectores culturales o sociales, que funcionan como clientelas políticas; las políticas energéticas, que pueden gravar o subvencionar determinadas formas de movilidad con impactos claramente diferenciales entre los distintos sectores sociales; la mayor o menor mercantilización de la provisión de servicios como la salud o la educación, que se dirime en la opción entre ampliar el Estado o dejar al mercado sin competencia pública, lo que inevitablemente degrada las prestaciones al tiempo que las encarece; las políticas de vivienda que contraponen los intereses de los sectores más empobrecidos y de las nuevas generaciones con los de las clases medias propietarias, etc.

Alrededor de estas alternativas, se decide qué sectores y segmentos sociales van a formar a parte de los «caídos» o de los «deslizados» de la clase media hacia situaciones de mayor precariedad y en última instancia de creciente exclusión. Por eso, estas decisiones aparentemente técnicas son cada vez más objeto de encarnizadas batallas políticas. El Estado se ha convertido, desde hace largo tiempo, en la arena en la que se discrimina la distribución de la riqueza en el sentido más amplio posible: ingresos, rentas, propiedad, consumo, etc. Sus crecientes dificultades anuncian cualquier cosa menos una pacificación de estas sociedades. Prácticamente todos los grandes conflictos políticos e ideológicos de nuestro tiempo —por citar solo algunos: la emergencia de la extrema derecha europea, la creciente división política de la sociedad estadounidense exacerbada por el trumpismo, episodios como el Brexit, los chalecos amarillos, etc.— están determinados por estas luchas distributivas y por esta pendiente negativa hacia la caída de la clase media, concretamente de sus segmentos más frágiles.¹⁴⁶

La forma de vida, lo que en EEUU sigue recibiendo el nombre del *american way of life*, signada por el alto consumo de mercancías y la provisión de

¹⁴⁶ La explicación en términos sociales, según la vieja lógica de clases y de fracciones de clase, de los conflictos políticos contemporáneos es seguramente la gran asignatura pendiente de la crítica actual, demasiado absorta en marcar sus diferencias y por construir su identidad frente a sus adversarios (principalmente las extremas derechas). Un avance notable son las formulaciones políticas de Piketty en torno a la división dentro de las «élites», y en general las clases medias occidentales, entre una izquierda brahmánica y una derecha propietarista. Véase *Capital e ideología...* especialmente los caps. 14-17. También son interesantes en este sentido los análisis reunidos en torno a publicaciones como la *New Left Review*, *Sidecar* y *Jacobin*, entre otras, acerca de la división política norteamericana. Algunas de estas contribuciones han sido reunidas en castellano en varias selecciones como, por ejemplo: *Sobre el capitalismo político...*; o Mike Davis y Dylan Riley, *Trump Biden. Líneas de fractura de la sociedad estadounidense*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021.

unos servicios baratos está amenazada también por algo más que la retirada del Estado. La financiación de la balanza de pagos por parte de los productores asiáticos y fundamentalmente de China no va a ser eterna. Tampoco lo será la provisión de bienes y mercancías baratos por parte de muchos productores primarios. En términos generales, la crisis ecológica explotará en los países ricos, no tanto en la forma de insoportables olas de calor veraniegas —que de forma tragicómica redirigirán sus vacaciones a destinos más frescos— o de una reducción de su capacidad de autoabastecimiento alimentario —a la que en buena medida renunciaron hace tiempo en el marco de la globalización productiva—, como dentro de los bolsillos de sus poblaciones. El impacto más desestabilizador se producirá seguramente en la forma de un encarecimiento generalizado de determinados bienes. Conviene recordar que estas sociedades son el resultado histórico de la subsunción completa del trabajo y el consumo en la relación de capital, y que estas poblaciones no tienen ninguna capacidad de producir nada por sí mismas en términos de lo que llamaríamos autoproducción y autoconsumo. En estas condiciones, es cada vez más previsible que estas poblaciones proletarizadas acudan a los supermercados con una moneda de valor decreciente para comprar unos bienes cada vez más escasos, que seguro podrán adquirir antes que otros compradores de países más pobres, pero pagando mucho más, ya se trate de alimentos, de agua sin contaminar, un aire más puro o una naturaleza todavía no del todo destruida.¹⁴⁷ En cualquier caso, la crisis ecológica implicará para estas poblaciones un menor poder de compra, lo que tenderá a destruir buena parte de su capacidad de consumo también en los términos estatutarios antes establecidos (vacaciones baratas, servicios personales, etc.).

b) Reestratificación

El concepto de reestratificación puede resultar todavía más ambiguo que el de proletarización. Con este se alude aquí al realineamiento —estriamiento sería una palabra más adecuada— de las fronteras sociales. En los términos de la sociedad neoliberal, la segmentación se produce principalmente entre integrados o excluidos, si bien esta línea de tendencia avanza, sin duda, hacia otro tipo de divisiones más correosas. Se trata, por tanto, de un fenómeno complejo, que hoy presenta distintas dimensiones, y que van desde la elitización de determinados ámbitos como la vivienda, la educación o de forma más general las formas de vida de los sectores más ricos hasta el endurecimiento de las políticas penales y disciplinarias sobre los sectores más pobres.

Hay, no obstante, dos líneas de este proceso que merecen una consideración especial. De un lado, está lo que se daría en llamar la «fuga» de los

¹⁴⁷ Sobre el impacto de la crisis ecológica sobre las clases medias, merece la pena insistir en que la mercantilización completa de su existencia las hace extremadamente dependientes de la vitalidad capitalista a la hora de seguir proporcionando alimentos baratos, energía barata, trabajo barato, etc., en el sentido que Moore señala en *El capitalismo en la trama...*

sectores ricos, con cierta capacidad de arrastre sobre los tramos más altos de las clases medias. Tal fuga se manifiesta en formas de segregación funcional respecto del resto de la sociedad: universidades privadas de élite, urbanizaciones cerradas, ocio segregado, etc. Durante los tiempos del keynesianismo welfarista la fiscalidad sobre los ingresos y los patrimonios —esto es, la «eutansia del rentista» de Keynes—¹⁴⁸ acabó por liquidar el estilo de vida de las grandes fortunas de la *belle époque* de preguerra, al tiempo que su estilo de vida se disolvía en las formas de consumo de masas. Pero la formación de un nuevo estrato de grandes y medianas fortunas en la época de la globalización financiera ha generado un estilo de vida propio y de nuevo segregador. En cualquier caso, su ostentosa falta de compromiso con el resto de la sociedad amenaza, como de hecho ocurrió en 2011, con convertirse en una fractura social de proporciones imprevisibles. En una sociedad que presuntamente declara la meritocracia, y a la vez la mesocracia, como su norma social, la segregación elitista, necesariamente vinculada a la reformulación de ciertos privilegios aristocráticos, camina siempre sobre el estrecho borde desde el que se puede caer en una crisis de legitimidad.

De otra parte, por abajo, en la porosa frontera entre la integración y la exclusión se está produciendo también un reordenamiento de largo recorrido. Este trabaja en la separación y fragmentación de los grupos sociales, que todavía en algunas viejas definiciones recibirían el nombre de «clases trabajadoras», pero que aquí se prefiere llamar proletariado de servicios. Estas dos líneas entrecruzadas son las que tienen que ver con el tratamiento de los migrantes, así como de ciertas minorías que en muchos casos son también herederas de la migración. Se trata, por tanto, de un proceso combinado y complejo de extranjerización y racialización de determinados componentes sociales, que tiende además a asegurar su posición subordinada, a la vez que el bajo precio de sus prestaciones. El reforzamiento de este tipo de «fronteras sociales» es, en efecto, funcional a la perpetuación de su función como «neodomésticos» de las clases medias remanentes, o como trabajadores de la producción y la circulación que todavía son necesarios en estos países.

Esta doble línea —la extranjerización y la racialización de las nuevas figuras proletarias— tiene que ver también con las transformaciones de largo recorrido del welfarismo keynesiano al neoliberalismo, y posteriormente a la crisis de este último. El movimiento obrero institucionalizado, pero también las luchas antisindicales de los obreros de fábrica de la década de 1970, representaron una particular vía de integración de los trabajadores migrantes en Europa, así como de la minoría afroamericana en EEUU.¹⁴⁹ Aunque en ningún caso las prácticas racistas o la exclusión de la ciudadanía de los trabajadores

¹⁴⁸ John Maynard Keynes, *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, Madrid, FCE, 2006.

¹⁴⁹ Véase para las comunidades negras de EEUU, Keeanga-Yamahtta Taylor, *Un destello de libertad. De #BlackLivesMatter a la liberación negra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.

extranjeros dejaron de ser un factor en la segmentación de la clase obrera durante el largo periodo fordista, el ciclo retroalimentado de crecimiento de la productividad, incremento salarial e institucionalización sindical permitió cierta integración en los patrones convencionales de la pujante sociedad de consumo de los últimos años del fordismo. Este patrón se rompió dramáticamente en la década de 1970 con la aparición de una situación de paro de masas y el despido —y a veces el retorno— de una parte de esos trabajadores multinacionales. En estos años, se confirmó de hecho la formación de los barrios-gueto caribeños en Inglaterra, la explosión de los disturbios raciales en EEUU unidos a formas de expresión política novedosas y la asociación de estas comunidades, y especialmente de sus miembros jóvenes, por lo general desempleados, con la delincuencia de poca monta basada en el trapicheo y el pequeño hurto.¹⁵⁰

En una dirección directamente opuesta a la del progresismo welfarista, para estos segmentos sociales el ascenso del neoliberalismo implicó mayor disciplina, una creciente condicionalidad de los beneficios sociales a la prestación laboral a bajo coste (*workfare*) y la criminalización manifiesta en el crecimiento del complejo carcelario de Estados Unidos, pero también de otros países europeos. En EEUU, Inglaterra, Francia y otros países, estas minorías se vieron así sometidas a procesos de superexplotación laboral, discriminación residencial y nuevas formas de racialización.¹⁵¹ Y sin embargo, el gobierno neoliberal sobre estas poblaciones basculó entre la represión y una voluntad paradójica de integración, según los mismos parámetros neoliberales del éxito escolar, profesional y económico.¹⁵² La consolidación de una clase media multirracial en EEUU y Reino Unido, así como de una parte de los descendientes de la migración extraeuropea dentro de la Unión, ha dado durante un tiempo razones a este tipo de discurso, aparte de dividir a comunidades antes relativamente integradas en posiciones sociales difícilmente conciliables y claramente ya separadas.¹⁵³ Esta superación relativa del racismo dentro

¹⁵⁰ Esta es, por ejemplo, la tesis principal del libro de Stuart Hall *et al.*, *Gobernar la crisis. El atracos, el Estado y la «ley y el orden»*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023 [1974].

¹⁵¹ Sobre las distintas formas de gobierno de estos nuevos pobres se puede recurrir a los numerosos trabajos de Loïc Wacquant como *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias, Estado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; o *El diablo en la ciudad. La invención de un concepto para estigmatizar la marginalidad urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2024.

¹⁵² Merece en este sentido recoger algunos ejemplos de una institución liberal como el Brookings Institute que celebra la diversidad e inclusividad de la clase media estadounidense en trabajos y artículos como: «The middle class is already racially diverse» (30 de octubre de 2020), o «The middle class is race plural, just like the rest of America» (27 de febrero de 2018). Véase www.brookings.edu

¹⁵³ El ejemplo más característico de ello sería la formación de una clase media afroamericana, que ya no vive en los barrios céntricos y pobres de la ciudad, al modo del Bronzeville en Chicago o de Harlem en Nueva York, donde la cohesión de la comunidad negra se sostenía y se reproducía, a pesar de la relativa diversidad interna

de la clase media es, sin embargo, correlativa a su acción estructural sobre lo que todavía constituye la mayoría proletarizada de estas comunidades.

Más significativa es la creciente asociación entre migración y delincuencia, o la consideración de los migrantes y los refugiados, especialmente del Sur global, como una amenaza casi de tipo existencial para las poblaciones europeas y estadounidenses. Este tipo de reacción «nativista» es aparentemente más chocante entre poblaciones que requieren para todo del tipo de trabajo que proporcionan los migrantes. El endurecimiento de las leyes de extranjería desde la década de 1980, el refuerzo de las fronteras, la explotación de la extrema derecha —y cada vez más de todo el arco parlamentario— de los pánicos existenciales, tal y como se manifiestan en las ideas de invasión, reemplazo, etc., tienden a fijar a las poblaciones migrantes y sus descendientes —muchas veces nacionales— en una posición de extranjería permanente, o si se prefiere, en la posición cada vez menos ambigua del enemigo interno. Este es el caso en muchos países europeos, que han convertido a los musulmanes, de hecho a los descendientes de países de mayoría islámica —que en su mayoría no son ya siquiera creyentes—, en el gran «otro» interno, en el espejo en el que por oposición esas sociedades se definen de una forma cada vez más étnica y excluyente.¹⁵⁴

Sea como sea, el desarrollo de estas líneas de crisis social —de crisis de integración— de las sociedades occidentales, así como sus evidentes implicaciones políticas, constituyen materia para un debate mucho más amplio que lo que pueda avanzarse en este artículo.

de las posiciones de clase de esas poblaciones. La nueva clase media negra se separa del resto de la población afroamericana a partir de las décadas de 1960 y 1970, y vive como su similar de ascendencia europea, a menudo mezclada con ella, con un estilo de vida profesional y claramente individualizado. Véase al respecto Keeanga-Yamahtta Taylor, *Un destello de libertad...* o Loïc Wacquant, *Los condenados de la ciudad...*

¹⁵⁴ Véase al respecto el trabajo ya citado de Saïd Bouamama, *De las clases peligrosas al enemigo interior...*

